

CENIT

sociología
ciencia - literatura



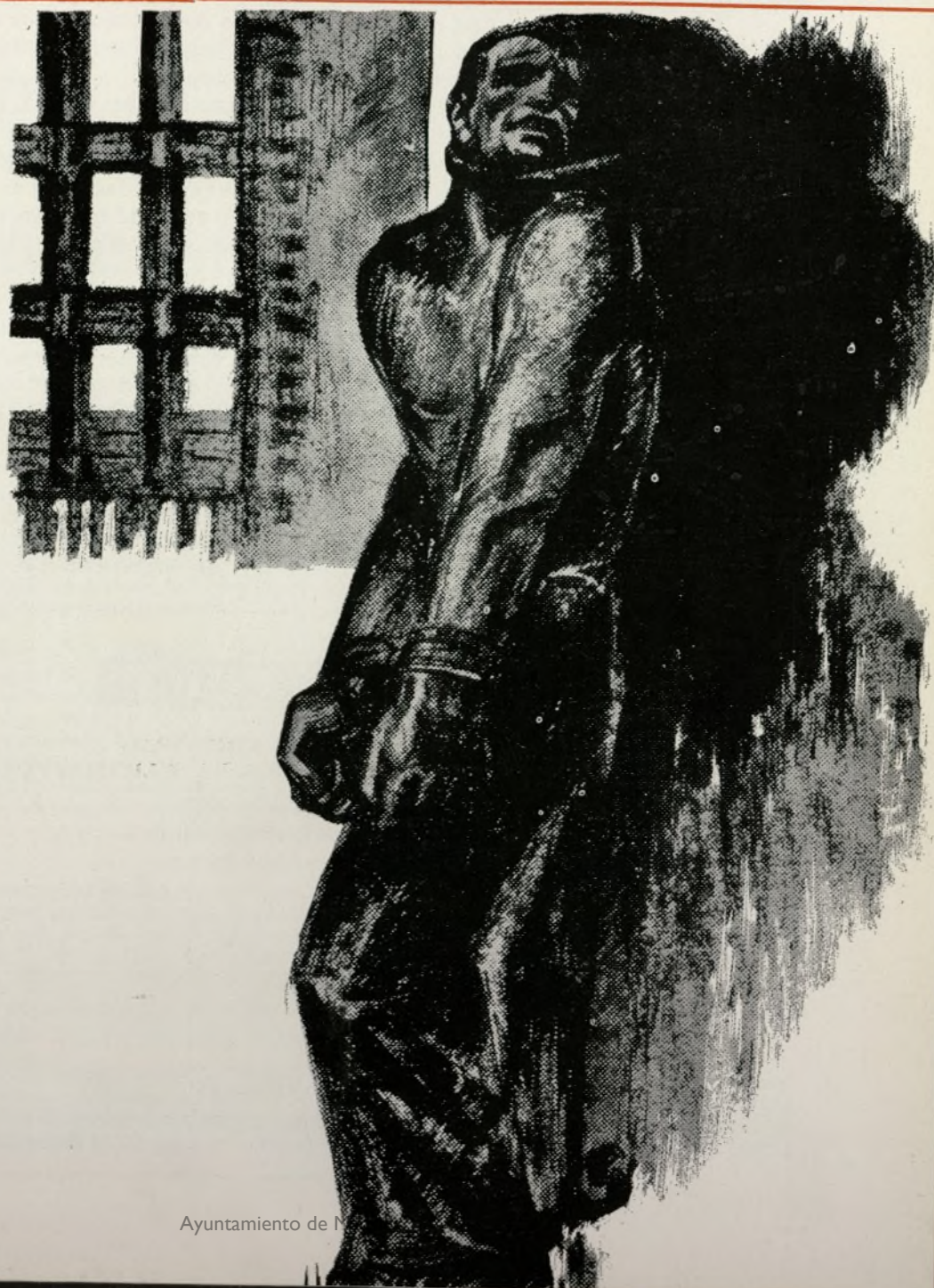
Editorial. — **Ramón Liarte:** La tarea de los anarquistas. — **Severino Campos:** Influencia social del movimiento obrero. — **M. Escuderi:** Goya, León Felipe y la nueva poesía española. — **Larra:** Modos de vivir que no dan de vivir. — **Floreal Ocaña:** Asesinato de Miguel de Unamuno. — **Eugenio Relgis:** Viejos apuntes para mi hijo. — **V. Muñoz:** En la lucha por la igualdad. — **Moi-sés Martín:** Juventud y Madurez. — **J. Sevilla:** En torno a la obra de Albert Camus. — **Carlos Brandt:** Voltaire y la filosofía de Spinoza.

186

Enero - Febrero 1969

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,50 F.



NUESTRA PORTADA

La tortura no vencerá la firmeza del luchador. Cargado de cadenas el hombre se siente libre porque lleva la libertad dentro de sí mismo. Aherrojado, también puede soñar... Los presos sueñan pensando que el amanecer se acerca. Nuestro pueblo luchó con las armas en la mano y sigue luchando contra el régimen impuesto por la Iglesia, el Ejército y la «Nobleza». La libertad es el culto supremo de todos los hijos del pueblo. Los sentimientos de firmeza de nuestros luchadores son la fuerza interior que nos alienta en las horas del combate por el ideal. El pensamiento y la acción de los idealistas de Iberia no capitulan.

El espíritu de rebeldía es la luz que alumbra en la noche negra de España. Permanezcamos al lado de aquellos que en todos los lugares de España y el mundo, combaten contra la tiranía. Ha de llegar un día en que las cadenas se partan, las rejas se abran al sol de la vida nueva y el pensamiento del hombre no encuentre barreras inquisitoriales levantadas a su recto caminar. Mientras..., la lucha continúa, y el hombre sufre los azotes del despotismo. Llevemos nuestro aliento moral a todos los caídos. Siempre al lado de la España mártir y eterna. ¡De los pueblos todos! Donde exista un luchador en peligro, una causa noble que exija nuestra defensa, ahí debemos estar los hidalgos del ideal, los anarquistas de todas las latitudes, poniendo en práctica el Mensaje de la revolución social: ¡Por la libertad y la dignidad del hombre!

GENIT

**REVISTA BIMESTRAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA**

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Liaré

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio
Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Espleas,
Renée Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost,
Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Victor
García, J. Guerrero, Severino Campos, Abarrategui,

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros: León Antonio, C.C.P. 2 738 77-Toulouse
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CENIT

★ REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XIX

Toulouse, Enero - Febrero de 1969

N.º 186

EDITORIAL

¡Ya nace la nueva aurora!

A CABAMOS de enterrar un año más y vamos hacia otro. Todo pasa en la vida. Las naves que se fueron ya no volverán. Ni las golondrinas cantadas por el poeta del pesimismo. Pero a decir del vidente, los vencejos vuelven. Estaba escrito. Hay cosas que se van y otras que quedan para siempre.

El invierno también se aleja. En este desierto, que es la tierra, al llegar la primavera, todo vuelve a florecer. Brota el retoño pegado al árbol viejo, demostrando que hay una naturaleza que trabaja y que no se da por vencida. La simiente oculta bajo la nieve, pronto romperá la corteza que la cubre y se abrirá paso para embellecer y perfumar a la madre tierra. El río se saldrá de sí mismo para patentizar que allá en lo más alto de las montañas, nació como un niño perdido, y ahora ya es todo un hombre con venas cristalinas y brazos hercúleos para hacer marchar las turbinas y desbordar los puentes más sólidos.

En toda amargura existe oculto un grito de alegría que quiere salir a la superficie de las cosas para decir: «Aún existe la continuidad». La carga pesada descende del lomo de la historia para dejar al cuerpo más ágil. La larga noche de la tiranía se esfuma como una ráfaga. Y el día del pensamiento nos ofrece luz y esperanza. Esta fase negra tiene su fin. La contrarrevolución no ha resuelto ninguno de los asuntos difíciles que tenía planteado el hombre en este mundo lleno de contradicciones. Nace un alba de oro que al decir de muchos no es el anuncio de la revolución social, sino de la insurrección de los pueblos. Es posible que la cosecha no esté aún madura. Pero el tiempo hará su trabajo. La insurrección es una fuerza que rechaza todas las claudicaciones y que va en busca de lo desconocido. Por eso, en el fondo, es revolucionaria.

De una manera o de otra todos hemos sido puestos a prueba. Sometidos a la presión más alta. En esas noches de espera interminable se ha tenido motivo para dudar de muchas cosas. El drama del hombre es el drama del mundo y hemos sido desgarrados por el odio. Moridos por la rabia estatal. El instinto ha podido más, en ciertas ocasiones, que el raciocinio. Pero una vez pasada la tragedia, el hombre se ha encontrado. Y sacando fuerzas de flaqueza, se ha dicho: el mal camino no conduce a ningún buen fin. Luego hay que reemprender el trayecto de ayer. Ese es el bueno. No hay otro. El camino del ideal.

Frente al crimen de Estado nosotros tenemos que oponer la eclosión del amor. La venganza, no justifica ninguna actitud. Por el contrario, la justicia es la justificación de todos los dolores. Y más que la justicia, la libertad, que quiere evitar todos los males. Ser justo no es poca cosa cuando no se puede ser perfecto. Lo fundamental es ser libre para vencer el delito y anular el pecado.

Ha de llegar nuestra hora. Ella se aproxima lentamente. Pero, ¿qué hora es la nuestra? Nuestras son todas las horas; y todos los días. Sobre las ruinas del mundo, la esperanza renacida va en busca de una nueva orientación. Tensó el arco, los músculos de acero. Brota la flecha para indicar el nuevo derrotero que han de seguir las fuerzas del progreso. La lucha demuestra que es la gran razón de ser de la vida y que no se puede esquivar sin renunciar a vivir.

Decíamos que este momento es propicio, como el que más, para defender nuestra causa, que es la del hombre. De la garganta juvenil mundial brota un grito puro como la idea misma. Es como si una madre hubiese alumbrado un niño hermoso que grita como quien quiere vivir y lleva la energía potencial en su misma materia.

¡Sublime fecundidad de la vida! Todo parto es una victoria de la belleza que triunfa entre los desperdicios de la materia. Amor, gestación, desarrollo, y nacimiento. De esa cantera son las ideas. Así, son también, las grandes revoluciones. Como el cirujano opera en carne viva, debemos trabajar nosotros. Pero con los mismos anhelos y delirios de la ciencia puesta al servicio del bien. Salvar todo lo que merezca y deba ser salvado; hasta el mismo enemigo para que nos conozca y sepa que merecemos ser amados. Y si después de haberlo salvado es incapaz de amar, demostrémosle una vez más que el odio no es nuestro compañero de ruta. Anarquistas de ayer, de hoy, de mañana y de siempre.

Nosotros no colocamos el odio en lugar del amor.

No somos resentidos, somos generosos.

Una revolución de hombres que odian es la deformación de la idea que defienden. Niegan asimismo la vida, que no puede ser rencor de Estado, sino amores multitudinarios.

Los hachazos de la tiranía no han cortado las ramas llenas de frutos sabrosos que tiene el árbol frondoso de la anarquía.

Jóvenes heraldos del porvenir: tratad de ser cada día más buenos, más hombres, más anarquistas.

Que de vosotros pueda decirse: son la revolución portadora del mensaje de la vida.

Las tinieblas en el espacio son como los defectos en los corazones. Puede más un rayo de luz que cien nubes. Es más fuerte una palabra de amor que mil ofensas. ¿Habrá algo más exquisito y sublime que el amor humano?

Más allá de las ofensas y ruinas de este Universo debemos preparar el renacimiento luminoso de la anarquía.

Este año que se ha ido, ha dejado escritas muchas lecciones. La bandera negra del anarquismo ha estado izada en las Universidades más hermosas del saber. Nuestra bandera ha ido de las catacumbas a los Liceos, de los cadalsos a los laboratorios, de los campos y talleres a los centros de la Ciencia. La anarquía nació en el corazón del hombre, se desarrolló en su inteligencia y ahora necesita todo el mundo para demostrar su inmenso valor social y humano.

La revolución en nombre del pueblo, es la idea del hombre.

No pretendemos resolverlo todo en cuatro días. Perfectamente sabemos las dificultades que hemos de encontrar en nuestros quehaceres. Pero nos hallamos seguros de una cosa: estamos en condiciones de demostrar que nuestros principios pueden ser fines determinantes en el movimiento mismo de la historia.

No nos separemos del buen camino. Sigamos el horizonte claro y brillante. Nosotros no queremos ser superhombres ni dioses. Hombres generosos en todo momento. Hidalgos en el gesto, humanos en el sentido más elevado, desinteresados siempre. Queremos vivir para ser idealistas y aspiramos a morir siendo hombres íntegros.

Los dioses no han compartido nunca nuestras luchas. Los hombres bondadosos, sí.

Acción fecunda y clarividencia revolucionaria. Sabiduría riente y deseos altruistas para ir en busca de un mundo superior. En el combate revolucionario, la humanidad continúa siendo nuestro gran ensueño: el amor de los amores.

Las justicias no ha muerto. El Derecho renace. La libertad vive. Los hombres que ayer se fueron están en la misma tierra que nosotros. Pisamos con nuestros pies de peregrinos el suelo de promisión. Los que viven se cubren con la misma manta que nosotros. Hace frío al terminar el año... Anarquistas y hombres de buena voluntad: ¡Ya nace la nueva aurora!

La tarea de los anarquistas

por RAMON LIARTE

La evolución es el movimiento permanente de la naturaleza. Todo se transforma para sobrevivir. A veces, las transformaciones son negativas; pero las reglas del progreso se encargan de reparar lo que la mente del hombre no había previsto. Un Movimiento como el nuestro, que apoya sus principios ideológicos en las leyes evolutivas de la existencia, siempre tendrá una misión a cumplir, un trabajo a realizar.

La tarea de los anarquistas no terminará nunca. Es la nuestra una obra de dimensiones históricas en renovación constante. Por ser naturalistas experimentales tenemos conocimiento de que cuanto no cambia se estanca. El anarquismo es situacionista, que nada tiene que ver con el circunstancialismo. Los oportunistas no comprenderán nunca el valor decisivo de una situación llamada a influir y determinar en la marcha de los acontecimientos.

Mientras el hombre luche por una nueva conquista, el anarquismo tendrá un cometido a llevar a cabo. Sabido es que la obra infinita de la creación jamás será acabada. Siempre habrán nuevos estilos de lucha, nuevas formas de apreciar los asuntos del mundo. Ahí reside precisamente el encanto de la vida. Lo demás es monotonía gelatinosa, o supeditación al medio ambiente contra el que se rebelarán en todo momento los hombres más inquietos y audaces. Está comprobado que las voluntades emprendedoras no se dejan arrastrar por la corriente, ya que bregan para dominar los elementos, marcando hitos en todas las situaciones.

Cuando la humanidad llegue a vivir en una sociedad anarquista, en esa misma organización avanzada y progresiva, resurgirán los conservadores y los revolucionarios. La lucha es una especie de balanceo que unas veces se inclina del lado conservador, y otra, del lado revolucionario. Los primeros, tenderán al goce y contemplación de lo conquistado; los segundos, propenderán a encaminar sus pasos hacia nuevas etapas de lucha para poner las ideas en tensión permanente y decidir asimismo, en la marcha de las cosas. Sin esta pelea permanente no habría transformaciones de ningún género. El cotidiano vivir no avanzaría por nuevos derroteros, preludio de mejores descubrimientos. ¡Dichosos de los que en el campo de la lucha por la vida se sitúan al lado de los que van más adelante!

El combate entre la libertad y la autoridad no cesa. Cambia de aspectos y formas, pero el fondo es el mismo. No ha existido una fase de la historia en la que el conservador transformado en reaccio-

nario, y el progresista ganado por la revolución, no hayan tenido que librar una batalla más o menos pacífica o violenta. No hay que extrañarse. Es la quietud del que se va y el ritmo del que viene. Entre viejos y jóvenes, el choque es inevitable. Si todo se mueve, como no hay duda, la juventud no puede quedar paralizada. Si un día la humanidad llegase a la perfección ética y social, los anarquistas habrían terminado su obra, no teniendo razón de ser. Todo estaría logrado y nada por obtener. Mas las cosas no son así, y en la revolución de todo lo que existe reside la fuerza vital y creadora del anarquismo.

De la misma manera que la naturaleza cría el águila que vuela en las más altas cumbres, engendra la serpiente que se arrastra por el fango.

Al anarquismo es la base esencial para todo hombre que analiza y piensa. Al afirmar: «queremos la libertad y no la esclavitud», defendemos la lógica de la razón y el poder de la verdad contra el dogmatismo religioso y la ley estatal. Considera el anarquismo que las ideas nacen de la razón. Está dotado de conocimiento todo cuanto piensa y siente. Por amar esta idea esencialmente racionalista sentimos admiración por la sabiduría humana, hija del raciocinio. Ni que decir tiene que los grandes hombres como las ideas fecundas necesitan de la acción del tiempo para endurecer y abrirse paso después de una larga fase de gestación.

¡Trágica y sublime a la vez es la vida del pensador que busca la verdad corriendo todos los riesgos y desafiando los mayores peligros! El pensamiento, cuando es hondamente sentido, no se amilana ni desfallece. Tiene en sí mismo el poder de la acometividad y la alegría interior del que sabe por qué lucha sin importarle perder o ganar circunstancialmente, pues que no busca recompensas efímeras. Los niños de los samienos se burlaban de Homero porque el divino poeta recitaba sus versos de puerta en puerta. Al gran Sócrates le reprochaban que se acercaba demasiado al pueblo, su mejor amigo. Galileo fue condenado a ser quemado vivo porque los mediocres de su época envidiaban la grandeza de su genio. Leonardo de Vinci sufrió indecibles persecuciones y registros debido al miedo que los inquisidores tenían a la portentosa inteligencia del sabio excepcional. Cristóbal Colón era señalado como un loco por los que no tenían pies ni cabeza. Miguel Servet dio con sus huesos en el fuego. El excelso Cervantes era considerado como

un empresario del circo de las letras por quienes nunca comprendieron la magnitud de su obra. Shakespeare tuvo que pasar por la pena del olvido no siendo admirado si no dos siglos después de muerto. Victor Hugo comió el pan amargo del destierro. Tolstoi ganó conciencias fuera de su país y en el suyo ha sido despreciado. Gorki tuvo que soportar la cólera ciega del estalinismo. Unamuno fue desgarrado por los bárbaros del crimen legalizado. Y así todos los hombres de valía y de valor... Las ideas matrices del género humano, lo mismo que los hombres que más han influido en el progreso del Universo, no han tenido ni un momento de reposo.

Y es que, la idea, por no poder dormirse ha tenido que mantenerse en estado de alerta, despierta. Unas veces ha tenido que arquearse como la palmera para no ser arrasada por la tempestad, pero una vez pasada la borrasca se ha erguido con más fuerza si cabe. Hay que tener en cuenta que en la entraña misma de no importa qué represión brota un nuevo renacimiento. El anarquismo ha pasado por todos los cadalsos, mas su verdad ético-moral ha triunfado en todas las pruebas. En la lucha entre la esclavitud y la liberación, ha dicho: la manumisión social triunfará en el mundo. Esta ha sido su profecía. Y en el combate entablado entre el hombre contra el hombre, ha manifestado sin la menor vacilación: la causa del bien ganará la batalla más práctica y más bella.

L A noche más horrible no puede impedir que llegue el día cargado de promesas. No hay que dejarse abatir. Si cada amanecer tiene su aurora, cada época tiene también, una nueva tarea. Es posible que la nuestra, vaya pareja a una hecatombe colosal, formidable. El mundo burgués y estatal se agrieta. Se parten sus nervios. Crujen sus estamentos, y arden sus instituciones. Nadie ignora que ha de haber un cambio profundo, ya que las cosas no pueden seguir así. La evolución busca cauces más amplios y anchurosos. Despierta la juventud de su letargo político. El hombre progresista fija su mirada en lo desconocido. Ve en el horizonte algo nuevo que no acierta a definir. Mas sabe — ¡ya es saber! —, que lo que venga no será peor que lo que tenemos. Se gesta una sociedad nueva entre los escombros del pasado. Agonizan las viejas concepciones económicas del liberalismo político y del totalitarismo contemporáneo. Desaparecen las leyes que pretenden hacer cultura cuando de los decretos no ha salido nunca la cultura libre y remozada. Por sobre la contrarrevolución crece el conocimiento que es puramente revolucionario. La imaginación avanza y golpea en las puertas destartalladas del poder. La revolución económica conquista y consolida posiciones. Es la rebeldía del cerebro la más difícil de orientar, mas todo tiene su medida y la inteligencia como el río acaban por encontrar su cauce para no salirse de madre.

N OSOTROS no tenemos nada que perder y mucho que ganar. Si se hunde el viejo mundo de la opresión causante de la ignorancia y la miseria moral y material, construiremos nuevas ciudades para acoger al hombre nuevo. Lo esencial es acabar con la explotación y el capitalismo. No queremos fraude ni más clases parasitarias. La sociedad que se está gestando debe ser fiel al testamento emancipador del hombre. Tú vales tanto como el que más si no te rebajas ni doblegas.

No hay términos medios. Es la nuestra la lucha de la inteligencia contra el poder, de los pueblos contra los Estados. Los hombres libres no pueden aceptar las instituciones que representan la sumisión. Se alza la ciencia moderna contra las viejas religiones para inundar de luz a todo el Universo. La paz no quiere ser juguete caprichoso de la guerra. Los anarquistas no planteamos una hora más o menos de jornal. Sabemos que el rublo no vale ni la mirada del hombre. Lo que nosotros queremos tiene mayores alcances. Es más hondo y elevado a la vez. Queremos la supresión completa del capitalismo. Propiciamos una sociedad de cooperadores directos. Autogestión y no gobierno. Vida nueva dentro de una sociedad sanamente administrada. Juventud rebotante de intenciones altruistas. Lealtad en los procedimientos y honradez en las actitudes de cada día.

La máquina de la revolución está en marcha. ¡Guerra al estancamiento y la inmovilidad! Hace falta energía y acción para avanzar. Es la lucha incesante frente a la parálisis y el entumecimiento. En esta lucha gigantesca los anarquistas deben ser una vez más, los adelantados de la libertad. Sólo conducen el progreso aquellos que marcan hitos en el camino que prueba a los buenos caminantes. Seamos modestos en nuestros actos y ambiciosos en nuestros ensueños. Pensemos en todo momento que la libertad no está lograda para siempre. Sepamos que hemos nacido para combatir en favor de la idea del Bien y que no podemos permanecer separados de la prueba cotidiana. Nuestra tarea es permanente porque la obra de los anarquistas no se acabará jamás.

¡Qué al levantar nuestros pies nazcan espigas! Sólo así conseguiremos que al destruir el mundo viejo se levante con toda solidez la nueva justicia social que postulamos para todos. Pero entiéndase bien: Todo no puede estar permitido en el seno de la revolución. Ni el crimen puede erigirse en postulado ni la destrucción en norma de conducta. Nuestra empresa es de proyección universal, hondamente humana. Es la idea encarnada en la vida misma del hombre. De una cosa estamos seguros. Hay una acción verdaderamente útil y positiva: la que sirve al hombre. Y en esta tarea hemos de poner en juego toda nuestra clarividencia, para que el esfuerzo tienda siempre hacia la bondad, ya que queremos que nuestra obra sea firme y perfecta.

Influencia social del movimiento obrero

por SEVERINO CAMPOS

ABUNDAN los estudios históricos sobre las influencias que en la vida política tuvieron cada una de las teorías. Lo mismo acontece con las religiones y las ciencias. Poco o mucho, todas se atribuyen algo de los progresos que la Humanidad ha logrado. Problema y pretensiones muy discutibles, pero que no es del caso abordar ahora. Sin embargo, ¿quién se ha preocupado en relevar las aportaciones de los movimientos obreros al progreso? Apesar de los avances que van efectuándose, el obrero continúa figurando en el peldaño inferior de la escala social; cuanto más, se le tiene en cuenta como factor auxiliar en las actividades constructivas. En las labores de prosperidad general tiene reconocido un valor insignificante; es el estigma que fomentaron los tiempos de mayor contenido opresor, condición que en poco han superado las democracias modernas.

La justicia no ha acariciado el corazón y la inteligencia de ese trabajador que constituye la base de todo movimiento laborioso; su vida solo se ha saturado de fatiga; el ejercicio mental obligado, casi único, ha consistido en buscar soluciones a lo perentorio del hogar. Por imposición de los dominios económicos y políticos, el obrero vivió exento de ejercicios y placeres intelectuales; no podía ver, en esa situación, otra perspectiva social que el dolor que le atormentaba.

Haber superado esas condiciones ha sido una odisea de siglos. Prueba de valor inconmensurable; grandeza de los templos subversivos; condición de dignidad humana: todo queda resumido en los Movimientos Obreros que poco a poco lograron hablar de tú a tú a los opresores y explotadores.

¿Puede hacerse de la conjunción obrera un «ismo» más de carácter finalista? Entendámonos bien. Cier to es que hasta la acción simple de individuo aislado, conciente o inconcientemente tiene una finalidad. Pero, al referirnos al Movimiento Obrero, es otro el horizonte que tenemos en cuenta. En esta apreciación fijamos la mirada más allá del interés privado; también del de pequeñas actividades. Esos casos no resuelven el problema general del hombre. Así, pues, en la defensa del trabajador hay que pre tender algo más que una finalidad obrerista.

Diversas son las características de condición y relación que el explotado ha soportado a través de la historia. Las defensas por sí establecidas no son de reciente aparición. Ni sus actividades fueron previstas y premeditadas. El rigor opresivo no daba lugar a organizar ofensivas bien calculadas; las ges-

tas de liberación surgieron espontáneas, en gran parte, por cualquier atropello extraordinario que provocaba la dignidad de los oprimidos.

Hasta entrar en la Edad Media, las posturas reivindicatoras tuvieron el instinto como factor impulsor; fueron espontáneas e incoherentes. Teniendo en cuenta, como es de comprender, que en cada uno de los protagonistas palpitaba el anhelo liberador.

Las fuerzas impulsoras de las corporaciones obreras fueron, en sus inicios, y durante largo tiempo de su historia, móviles subjetivos en su mayor proporción. Eran muy generales los objetivos de carácter social. La inteligencia natural del esclavo, del siervo o del asalariado, no le permitía previsión y dominio de amplias perspectivas; faltaba el cultivo mental para comprender complejas estructuras de relación humana.

En tal caso, la voz de la dignidad del hombre solo podía tomar aires de rebelión. Era el lema, la consigna, el sentimiento que orientaba la guerra social contra los esclavizadores. Ante emperadores, reyes, patricios, señores o burgueses, el obrero que ansiaba su libertad le era indispensable tal actitud.

Acaso hoy, que nos vanagloriamos de más «intelligentes», de más «razonables», ¿resuelve algo en su favor el derecho humano sin el concurso de actividades rebeldes? Mírese el panorama actual del mundo; ábranse los capítulos de la historia. Todos cuantos interrogantes se levanten sobre el particular hallarán la misma respuesta. No hay progreso sin lucha; y la liberación del obrero la requiere más aguda y constante.

Como quiera que se mire, en la base de todas esas características, épocas y denominaciones, existe un denominador común: la lucha de clases. Es una necesidad que tiene varios puntos de referencia ineludibles, lógicos y necesarios en la vida del hombre. En el camino de superación humana hay esa fase que, desestimada por pacifistas y ciertos filósofos, requiere soluciones no siempre amparadas por el mayor grado de inteligencia.

La estructura social de los tiempos pasados, y aún de los presentes; la formación moral e intelectual, tanto de las clases opresoras como del proletariado, formulan aspiraciones en pugna, que hacen irreconciliables las condiciones de vida de unos y otros. Es esencial a la vida del hombre aspirar a remontarse, a defender lo que en justicia le pertenece, a no dejarse explotar y oprimir; pensar y sentir de

esa manera es abrir la lucha contra los que viven de la explotación y del dominio.

Este lapso de desenvolvimiento es largo y cruento; se ha superado muy poco. Los cambios de estructura política, efectuados pensando en algo superior, han llevado en sí el nacimiento de nuevas jerarquías. Y éstas, al serlo en el orden político, no podían dejar de serlo también en lo económico. En ello se origina, pues, un nuevo ciclo de circunstancias similares a las que se había combatido.

En esos cambios poco profundos, aunque con proyecciones teóricas prometedoras, el obrero se encuentra ante tareas esenciales. Al continuar vigente el principio de autoridad, y persistir la propiedad privada, los cambios de carácter político-gubernamental han impuesto nuevas castas privilegiadas. Son esas circunstancias las que hacen imprescindibles, todavía, los métodos de lucha que el proletariado ha venido practicando para su liberación.

Entre las condiciones éticas del burgués actual, y el déspota dueño de esclavos de ayer, la diferencia solo es de grado. Socialmente son del mismo género; moralmente pertenecen a la misma familia.

Si la burguesía moderna no hallara la resistencia, y el combate más o menos eficaz, de los asalariados que lentamente van elevando su inteligencia, las primitivas horribles condiciones de discriminación serían reconquistadas por los apologistas de la explotación y del dominio. Hasta hoy, las concesiones hechas por los poderosos deben muy poco a las influencias culturales.

El desequilibrio político y económico aún hacen indispensables las mismas características de lucha que en tiempos algo remotos; los métodos superiores, que han de suplantar a ésta, no tienen abonado el campo social para entrar en acción. Hay que hacer nuevas, profundas y amplias conquistas, para que sea el intelecto quien solucione las diferencias.

Las prerrogativas que gozan los poderes políticos y económicos no toleran relaciones cordiales entre personas de condición desigual. Es imposible armonizar esos extremos. Por eso resulta arbitrario, cuando menos erróneo, alegar que la lucha de clases es infecunda. En toda clase de ejercicios gubernamentales el obrero tiene al enemigo de sus libertades; en todo burgués, un usurpador de lo que no le corresponde.

La postura del proletariado, al enfrentarse con los pudientes, es de legítima defensa. Solamente puede poner en juego elementos de combate. Ningún recurso existe actualmente que pueda fecun-

dar mejores resultados. Los elementos opresores no quieren entender de derechos humanos, ni de razonamientos filosóficos.

Aunque la cultura va plazándose en cauces de justas defensas, los avances del progreso social aún no se han desvinculado de combates persistentes y audaces. Es un fenómeno que palpita sin disimulo en la entraña de la actual estructura social; es algo que descansa en la formación y vitalidad del hombre contemporáneo.

No debe escapársenos que en este problema juega un importante papel el determinismo. Unos pueden ser los deseos del individuo, y otras las realidades que pueda practicar. Conste que no negamos las influencias de la voluntad; precisamente de este factor humano arranca el proceso de superación que el proletariado va evidenciando.

Nuestras posibilidades de liberación descansan en la condición moral e intelectual que disponemos; a los mismos factores se debe la estructura social de nuestro momento histórico. Si existe una clase que explota, gobierna y oprime, la clase que sufre la explotación y la opresión sabe de quién y cómo defenderse.

Para derimir las pugnas entre oprimidos y opresores, entre explotados y explotadores, no es el razonamiento el arma única que corresponde a nuestra época. Ni la voracidad razona ni la miseria puede reflexionar; ambas se agitan no viendo otra cosa que imágenes de combate. En este campo de lucha, aunque el proletariado se ha dotado mucho de recursos culturales, las conclusiones de los problemas que se abordan llevan el sello de, vencidos unos, vencedores otros.

Plausible es, al intervenir en la lucha social, se tenga como punto de mira el bienestar de toda la Humanidad. Debe ser aspiración suprema que en aras a nada debería olvidarse. Pero es sensato reconocer que la lucha de clases, si no tanto como antaño, continúa siendo de necesidad imperiosa. Aparece en el escenario de la vida social por sí sola; emerge de nuestra formación personal; es un engendro de la desigualdad y del principio de autoridad.

Las buenas intenciones, clamando respeto y comprensión, resolverán poco o nada. La mediación de intereses privados no reconocen esas virtudes; la burguesía y los gobernantes se rien de ellas. Ese estrato de armonía, de respeto, de compenetración, requiere la creación de un nuevo tipo humano; es a lo que se oponen los defensores de la explotación y de la opresión.



RECORDANDO A LOS MAESTROS QUE SE FUERON

Goya, León Felipe

y la nueva poesía española

por M. SCUDERI

LEÓN FELIPE, el «español del éxodo y el llanto», ha precisado en qué momento la que se considera a primera vista simple prosa se convierte en poesía; cuándo — utilizando la palabra «poesía» en un sentido amplio y actual — dicha prosa llega a alcanzar la plenitud de su expresión, esencia en última instancia de toda obra de arte. Dice al respecto: «Un escrito sin rima y sin retórica aparente se convierte de improviso en poema cuando empezamos a advertir que sus palabras siguen encendidas y que riman con luces lejanas y pretéritas que no se han apagado y con otras que comienzan a encenderse en los horizontes tenebrosos.»

No compartimos del todo esta opinión de León Felipe. Para nosotros el poema debe existir por sí mismo, independientemente de la advertencia de esa rima histórica; es decir, tener un carácter autónomo. Ahora bien, coincidimos con él al afirmar categóricamente la continuidad que subyace en todo quehacer artístico, aun cuando en las sucesivas etapas del arte pareciera advertirse una quiebra total. Sabemos que esta quiebra es sólo virtual y que la auténtica obra perdura a través de los tiempos y a través de los múltiples cambios del gusto, influyendo en las nuevas creaciones. Y aun hasta en los casos en que esta influencia cambie de signo, erigiéndose la obra actual — aparentemente — en la negación absoluta del pasado, el ojo avizor percibirá siempre esa continuidad de que hablarnos. No se trata de una vuelta atrás, sino del acarreo constante de materiales anteriores, de la selección de esos materiales y de la agregación de nuevos elementos: es la evidencia del continuo fluir histórico que alcanza quizá su grado más alto en el arte.

Indiscutiblemente, como ya lo expresó entre otros Unamuno (1), casi todas las obras de arte nacen de otras. Pero no hasta conocer este origen e intuir que la creación actual dará, a su vez, nacimiento a nuevas creaciones para concluir sin más que la obra está lograda, que un «escrito sin rima y sin retórica aparente» se transforma por ello en poema. ¿Dónde queda entonces la personalidad del creador? ¿Dónde su *pathos* existencial? Porque si bien existe un número limitado de temas que han preocupado

al hombre desde su amanecer vital — no sólo en su condición de *homo ethicus*, sino también de *homo aestheticus* —, es necesario que estos temas sean tratados de manera siempre nueva, con un colorido distinto, con un trazo original, con palabras que parezcan ser lanzadas al aire por primera vez. En suma, es necesario sustanciar nuevamente las voces y los colores en cada creación.

Sin embargo, buscando contrarrestar algunas exageraciones, resulta muy oportuno recordar en la cualidad las palabras de León Felipe. Sobre todo, quisiéramos que las leyera tantos pseudopoe-tas o pseudopintores que declaran enfáticamente haber destruido por completo los puentes que los unían con la tradición. ¿Es eso posible? Y si lo fuera, ¿qué sentido tendría, si paralelamente no se es capaz de construir algo valedero, encender una luz que rime con otras que aparecerán en el futuro? No, de ninguna manera: una obra no puede ser una isla incommunicable. Además, ¿cómo caer en la ingenuidad o en la pedantería de creer que nuestras obras podrán modificar las concepciones futuras, y negar, simultáneamente y de manera harto superficial a veces, la vigencia de las grandes creaciones del pasado y su influencia constante? ¿Existe o no la continuidad? Según aquéllos, sólo para el futuro, no para el pasado. Pero, ¿ese presente suyo no se transforma inmediatamente en pasado, no es pasado — indiscutiblemente pasado — con respecto al futuro al cual apuntan?

Luego de esta digresión que considerábamos necesaria, adentrémonos en la obra de León Felipe. Para él la poesía es «un sistema luminoso de señales». En cambio, para los nuevos poetas españoles la poesía asume no sólo el poder de influir en las generaciones poéticas venideras, sino también el más amplio — en el que se incluye el anterior — de modificación total del mundo futuro. Uno de ellos, Gabriel Celaya, define la poesía como un «arma cargada de futuro expansivo» con la cual apunta al pecho del lector. Ahora bien, ¿sólo la poesía constituye un hito brillante que atrae sobre sí el porvenir? No; toda auténtica manifestación artística — cualquiera sea su medio expresivo — también lo es. ¿Acaso la poesía de León Felipe (y no creemos aven-

(1) Miguel de Unamuno: Prólogo a la *Estética* de B. Croce, Salamanca, 1911.

turado afirmarlo) no está iluminada por la extraordinaria serie de aguafuertes goyescos que primitivamente se llamó **Fatales consecuencias de la guerra sangrienta con Bonaparte y otros caprichos enfáticos** y que en 1863 — a treinta y cinco años de la muerte de Goya — la Academia de San Fernando publicó con el título de **Desastres de la guerra?** ¿Acaso su poesía — completando el ciclo «voz activa-voz pasiva», «ser iluminada-iluminar» — no alumbraba en la actualidad a ese magnífico grupo de poetas españoles surgidos durante la posguerra? Me refiero a Blas Otero, al ya citado Gabriel Celaya, a Angela Figuera Aymerich, Victoriano Crémer, José Hierro, Eugenio de Nora, Leopoldo de Luis, etc.

Veamos qué une a estos poetas con León Felipe y a éste con Goya. Diremos primeramente que todos han vivido la guerra. ¿Qué guerra? La de Goya fue la de 1808, cuando las tropas napoleónicas invadieron a España; la de León Felipe y los poetas posteriores, la mal llamada guerra civil de 1936 y también la última guerra mundial. Pero ¿importa el uniforme de los soldados? Aquella guerra y éstas, y todas, son — igual, inconcebiblemente — guerras que el hombre hace estallar contra el hombre. Y, cualesquiera sean las banderas que se enarbolan, el saldo es siempre el mismo: muerte, sólo muerte, de cuerpos y almas. Sin duda, no es la guerra el único tema que palpita en los versos de los poetas mencionados. Tampoco lo es de la obra total de Goya. Pero sí es el tema que les ha arrancado las notas más desgarrantes, las más intensamente doloridas, las más desoladamente patéticas. Al afirmarlo así no dejamos de recordar la opinión expuesta en el ensayo sobre Goya — **Saturne** —: «Encore ne s'agit-il pas d'un reportage sur la guerre que, jadis, sur la sorcellerie. Le rôle du 'd'après nature', dans les **Desastres** comme dans les **Caprices**, est sans doute faible...». Según este crítico, autor de tantas admirables páginas, Goya alcanzó su plenitud artística cuando a la ficción del arte italiano puso, no la realidad, sino otra ficción dominadora: «à un monde paré, un monde déchiré». Su búsqueda se orientó hacia la reconstrucción. Sí, como todo verdadero artista, pero — nos atrevemos a preguntarnos — ¿significa esto por ventura considerar el «mundo destrozado» de los **Desastres** como ficción, como expresión de la imaginación goyesca? Para nosotros es, más bien, la genial trasposición de una realidad sangrienta y vociferante, demasiado poderosa para que la imaginación no quede — hasta donde le es lícito en todo auténtico arte — sujeta a ella.

Aparte este tema común, cabe destacar un rasgo característico: tanto en Goya como en León Felipe y en los poetas adheridos a la tendencia que se ha dado en llamar «realismo histórico» (2) el arte es narrativo épico (esto sin desmedro de sus valores puramente estéticos). Es un arte que nos lanza las verdades a la cara, nos golpea con ellas, porque el artista no ha cerrado los ojos ante la realidad atroz de su mundo en torno:

Quiero vivir y amar sin que me pese
este saber y oír y darme cuenta;
este mirar a diario de hito en hito...

(Angela Figuera Aymerich: **Belleza cruel**).

Es un arte, agregaríamos, «comprometido», si no fuera porque — en el caso del pintor aragonés — parecería un anacronismo. Cabe, sin embargo, una salida: decir retóricamente que lo es «avant la lettre»; aunque en verdad no fue necesario que Sartre escribiera la palabra «compromiso» para que el artista comenzara a comprometerse. El compromiso es de todas las épocas, sólo que en algunas — particularmente en la nuestra — dicho compromiso adquiere un carácter más urgente y perentorio. Pero en definitiva el hombre digno de ser considerado como tal debió — en todos los tiempos — tomar partido y elevar su airada protesta contra la barbarie y las injusticias sociales. Decimos «tomar partido» y en seguida nos vemos obligados a aclarar que éste comprometerse no significa — de ninguna manera — la adhesión a determinada secta política o religiosa, sino defensa del hombre en su totalidad, de la libertad y la justicia como condiciones irrenunciabiles para una vida verdaderamente humana. El realismo histórico de Blas de Otero, Angela Figuera Aymerich, José Hierro, etc., nada tiene que ver, por lo tanto, con el aberrante realismo socialista o cualquier otro compromiso sectario, venenos que paralizan todo posible movimiento creador (3).

Muchos os preguntareis escandalizados: ¿el compromiso no desnaturaliza lo esencialmente poético? A lo que respondemos que al presente una poesía desinteresada, preocupada sólo por bonitos juegos preciosistas, sería inadmisibile, y todo ser humano consciente de su tiempo la sentiría como una imperdonable burla:

Porque vivimos a golpes, porque a penas si nos
[dejan
decir que somos quienes somos,
nuestros cantares no pueden ser sin pecado un
[adorno.
Estamos tocando fondo.

Y en la estrofa siguiente, Gabriel Celaya agrega con iracundia:

Maldigo la poesía concebida como un lujo
cultural por los neutrales
que, lavándose las manos, se desentienden y
[evaden.
Maldigo la poesía de quien no toma partido hasta
[mancharse.

(«La poesía es un arma cargada de futuro»).

Surgirán — si no han aparecido ya — epígonos, malos epígonos, que conducirán esta tendencia ha-

(2) Véase José María Castellet: *Veinte años de poesía española*, Barcelona, 1960.

(3) Véase Guillermo de Torre: *Problemática de la literatura*, Buenos Aires, 1951 y «Contemporary Spanish Poetry», en *The Texas Quarterly*, Spring 1961.

cia un callejón sin salida, donde se repetirán los temas, pero faltará el aliento original, la pasión ardorosa.

A no dudarlo, estos pobres epigonos traicionarán el arte; y se dirá entonces que el mal radica en los equivocados principios poéticos del realismo histórico. No, no hay tales principios erróneos: sólo hay buenos o malos poetas. Pero olvidémonos ahora de posibles males y dejémonos penetrar por el ansia de justicia:

...¿Existe la justicia? Si no existe ¿para qué está aquí Don Quijote? Y si existe ¿la justicia es esto? ¿Un truco de pista? ¿Un número de circo? ¿Un pimpam-pum de feria? ¿Un vocablo gracioso para distraer a los hombres? Respondedme... Respondedme.»

(León Felipe: «Y qué es la justicia»).

Por la protesta:

Voy a protestar, estoy protestando desde hace mucho tiempo;

y no he de callar por más que con el dedo me persiguen la frente, y los labios, y el verso.

(Blas de Otero: «Censoria»).

Por la acusación (bajo el epigrafe de **Caso acusativo** agrupa Angela Figuera Aymerich una serie de poesías en su libro **Belleza cruel**) y el dolor desgarrante de estos poetas últimos y de su antecesor y maestro, León Felipe. Escuchemos su denuncia mientras — salvando un siglo y medio de distancia — proyectamos sobre una pantalla imaginaria la congoja infinita de un pueblo ocupado por el extranjero y su decisión inquebrantable de no someterse a él, su bárbara rebelión contra el enemigo. Oigamos sus palabras, en tanto desfilan ante nuestros ojos los ochenta y dos aguafuertes de los **Desastres de la guerra**, a través de los cuales Goya nos narra una verdadera y espeluznante historia de la vida (mejor dicho, muerte) española durante los años 1808 a 1812. Es incuestionable el fondo ético de estos aguafuertes, fondo que es — sin olvido de lo estético — el eje vital sobre el cual se organiza la nueva poesía española (significativamente, uno de los libros de Blas de Otero se titula **Redoble de conciencia**). No hay anulación de lo ético, antes al contrario, existe una mutua valoración, un recíproco enaltecimiento.

En 1938, desde Barcelona, León Felipe escribió el poema «Oferta», incluido luego en el libro **El payaso de las bofetadas**. Extraigamos de él un fragmento:

Mercaderes...

Oíd este pregón:

«El destino del hombre está en subasta.

Miradle ahí, colgado de los cielos

aguardando una oferta...» ¿Cuánto? ¿Cuánto?

¿Cuánto, mercaderes?... ¿Cuánto por el destino del [hombre?

(Silencio... ni una voz... ni un signo)... Sólo España dio

un paso hacia adelante y habló de esta manera:

Aquí estoy yo otra vez;

aquí, sola. Sola, sí.

Sola y en cruz. España-Cristo

— con la lanza cainita clavada en el costado —.

La serie de aguafuertes goyescos se inicia con la figura de Cristo en el Monte de los Olivos, arrodillado, el pecho descubierto, con los brazos extendidos y la mirada suplicante. Abajo se lee: «Tristes presentimientos de lo que ha de acontecer». Se ha dicho que este aguafuerte es «el prólogo al Viernes Santo de la historia de una nación». Vemos, pues, que tanto en Goya como en León Felipe, el Crucificado se identifica con España: España - Cristo. Pero en León Felipe se identifica además con el hombre:

Porque el Cristo no ha muerto...

Y el Cristo no es el rey, como quieren los cristeros y los católicos políticos y tramposos...

El Cristo es el Hombre...

La sangre del Hombre...

de cualquier Hombre.

(«El Cristo... es el Hombre»).

Algunos han querido ver en el aguafuerte de Goya, no la representación de Cristo, sino la de un campesino angustiado. En este caso, el Cristo de Goya sería — al igual que en León Felipe — sucesiva o simultáneamente España y el hombre.

Des mismo libro **El payaso de las bofetadas** transcribiremos algunos versos del poema «Raposa», fechado en Valencia en 1937, vibrante de dolor sin consuelo. Destaquemos, al pasar, que con la palabra «raposa» («vieja raposa avarienta») León Felipe designa a Inglaterra, a quien hace responsable, por su indiferencia y su cálculo, de todos los muertos de la guerra del 36. Recordemos también (sin ánimo de justificación, sino de simple verdad histórica) que en 1812 fueron las tropas inglesas al mando de Wellington las que iniciaron la expulsión de los franceses del territorio español y definieron, en la sangrienta batalla de Arapiles, la suerte de un pueblo empeñado en no someterse, aun cuando esto significara la destrucción total del mismo. ¿Cómo privar de libertad a un pueblo esencialmente huracanado? (¿Quién habló de echar un yugo — sobre el cuello de esta raza? — ¿Quién ha puesto al huracán — jamás ni yugos ni trabas, — ni quién al rayo detuvo — prisionero en una jaula? (4). Pero volvamos a León Felipe y a su poema «Raposa»:

¡Si, sé contar!

He contado mis muertos.

Los he contado todos,

los he contado uno por uno.

Los he contado en Madrid,

los he contado en Oviedo,

los he contado en Málaga,

los he contado en Guernica,

los he contado en Bilbao...

los he contado en las trincheras;

en los hospitales,
en los depósitos de los cementerios,
en las cunetas de las carreteras,
en los escombros de las casas bombardeadas
(resbalando en la sangre,
tanteando en las sombras y en las ruinas).

Contando muertos este año, en el paseo del Prado,
creí una noche que caminaba sobre barro, y eran
sesos humanos que llevé por mucho tiempo pegados
a las suelas de mis zapatos.

En esta cuenta obsesiva, en este martilleo de
muerte, resuena la plasticidad de los aguafuertes
goyescos y sus lacónicos epígrafes: **Tanto y más**
(nº 22), que representa un alucinante grupo de ca-
dáveres; **Las camas de la muerte** (nº 62), en el que
una figura fantasmal se eleva entre miseros ca-
mastros de agonizantes (por su increíble moderni-
dad y su poder sugeridor, esta plancha equivale al
«He contado mis muertos», de León Felipe, tan
simple y significativo); **Carretadas al cementerio**
(nº 64), donde el cuerpo inerte de una joven es arro-
jado impudicamente sobre un carro que lleva ya
una atroz carga fúnebre: **Caridad** (nº 27), en el cual
los vivos se deshacen brutalmente de los muer-
tos — a los que previamente se ha despojado de
sus ropas —, arrojándolos a un precipicio; **Lo mis-
mo en otras partes** (nº 23), que muestra un espe-
luznante paisaje montañoso sembrado de muertos
y heridos. Además, **Con razón o sin ella** (nº 2), en
el que soldados franceses apuntan con sus bayo-
netas a dos campesinos absurdamente armados: uno
con una pica y otro con un cuchillo; **¡Qué valor!**
(nº 7), donde Agustina — la heroína popular del
primer sitio de Zaragoza, asentadas sus plantas
sobre cadáveres, enciende la mecha de un cañón;
Estragos de la guerra (nº 30), en el cual se muestra
el derrumbe de un techo, la quiebra de vigas y el
desplomarse de seres humanos, todo en lúgubre
confusión y trágico movimiento. Frente a este úl-
timo aguafuerte de tan moderna factura, y frente
al llamado **Amarga presencia** (nº 13), no podemos
dejar de pensar en **Guernica**, de Picasso, si bien
esta última obra tiene un carácter más simbólico,
razón por la cual su mensaje no nos abrasa, no nos
sacude; sólo nos invita a deleitarnos serenamente
con su estructura, entregándonos gozosamente al
juego intelectual que nos permite desentrañar su
simbolismo. Goya, en cambio, nos grita, nos zama-
rrea con manos semejantes a tenazas al rojo, nos
transmite su indignación contra tanta crueldad
inútil, indignación semejante, según palabras de
Antonina Vallentin, a una «llaga enconada».

León Felipe, tan goyesco en muchos de sus poe-
mas, ha creado para él y para sus discípulos una
poética que los guía, pero no los coacciona: «Todo
buen combustible es material poético excelente...
Todo... hasta la prosa... La prosa, aquí ahora, no
es ni excipiente ni exégesis tan sólo. Es un elemen-
to poético que gana calidad no con el ritmo sino
con la temperatura. La línea de la llama es la línea
organizadora y arquitectónica del poema.» Sí, la
línea de la llama, llama nacida por un golpe, no

de mar, sino de guerra — que destierra los ángeles
mejores (5). ¿No es también una línea de llama la
que dibuja los cuerpos destrozados y los rostros de
espanto en los aguafuertes de Goya? Pero, también,
¿no es ella la que en ambos enciende la esperanza?

Pero sé
— y esto es mi esencia y mi orgullo,
mi eterno cascabel y mi penacho —
sé
que el firmamento está lleno de luz,
de luz
de luz
que es un mercado de luz,
que la luz se cotiza con sangre...
y lanzo esta oferta a las estrellas:
«Por una gota de luz
toda la sangre de España:

...
España no tiene otra moneda...
¡Toda la sangre de España
por una gota de luz!
¡Toda la sangre de España... por el destino
del Hombre!
(«Oferta»).

En esta confrontación, en esta búsqueda de co-
rrespondencias, nos enfrentamos con el aguafuerte
nº 79 — **Murió la verdad** — muy significativo como
testimonio de nuestra afirmación original: el signo
goyesco en la obra de León Felipe y, a través de
éste, en los nuevos poetas. La verdad está repre-
sentada en esta plancha por una hermosa joven,
aun muerta, proyecta luz sobre las tinieblas po-
bladas por los enloquecedores fantasmas de la ne-
gación. A su lado, vencida, la justicia llora su im-
potencia; una de sus manos sostiene la balanza ya
innecesaria. León Felipe escribe:

Si no es ahora, ahora que la justicia vale
menos, infinitamente menos
que el orin de perros;
si no es ahora, ahora que la justicia tiene
menos, infinitamente menos
categoría que el estiércol;
si no es ahora... ¿cuándo se pierde el juicio?...
(«Pero ya no hay locos»).

Pero en el aguafuerte nº 80 — **¿Si resucitará?** —
todo lo negativo: violencia, indignación, opresión,
comienza a ser anulado por la luz que irradia la
verdad a punto de volver a la vida. Esta plancha,
en la que se renueva la esperanza, encuentra tal
vez su mejor acorde, no en León Felipe, sino en
Blas de Otero, el representante más valioso — a
nuestro parecer — de los últimos poetas españoles:

Oh, patria, árbol de sangre, lóbrega
España
Abramos juntos
el último capullo del futuro.
(«Vencer juntos»).

(4) Miguel Hernández: «Vientos del pueblo me llaman».
(5) Blas de Otero: «Puertas cerradas».

El poeta no concibe sus días futuros desarraigado de su tierra; ante ese solo capullo de porvenir, poderosamente cargado de sugestión por su unicidad, invita a España para que juntos lo desfloren. Y en otra poesía, ya en clara coincidencia con el Goya de *Esto es lo verdadero* (nº 82) — simbolización del pueblo español que, después del desastre, se eleva sobre los cadáveres —, expresa su creencia en el hombre y en la paz:

Creo en el hombre. He visto
espaldas astilladas a trallazos,
almas cegadas avanzando a brincos
(españolas a caballo
del dolor y del hambre). Y he creído.
Creo en la paz. He visto
altas estrellas, llameantes ámbitos
amanecientes, incendiando ríos
hondos, caudal humano
hacia otra luz: he visto y he creído.
(«Fidelidad»).

Si ha creído, ha creído después de haber visto.
También Goya ha visto el *Fiero monstruo* nº 81),

todo el horror de la guerra, devorando, triturando, vomitando pobres seres humanos; ha visto lo que *No se puede mirar* (nº 26). Blas de Otero, que ha visto y sabe que «vivir se ha puesto al rojo vivo», que ser hombre es «horror a manos llenas», grita desesperado:

¡Alzad al cielo el vientre, oh hijos de la tierra,
salid por esas calles dando gritos de espanto!
Los veintitrés millones de muertos en la guerra
se agolpan ante un cielo cerrado a cal y a canto.
(«Hijos de la tierra»).

Una súplica semejante surge del célebre aguafuerte *Nada de ello dirá* (nº 69). En él se llega a una conclusión patética: la sinrazón, la inutilidad de tanta muerte. ¿Quién vence entonces? Sólo la nada.

Vemos, pues, en este rápido estudio, no exhaustivo por cierto, que la coincidencia a través de los tiempos y las sensibilidades, — la rima histórica de que habla León Felipe — existe y que ésta emerge no sólo en el ámbito poético, sino también en el plástico.

Modos de vivir que no dan de vivir (Oficios menudos)

Considerando detenidamente la construcción moral de un gran pueblo, se puede observar que lo que se llama profesiones conocidas o carreras, no es lo que sostiene la gran muchedumbre; descártense los abogados y los médicos, cuyo oficio es vivir de los disparates y excesos de los demás; los curas, que fundan su vida temporal sobre la espiritual de los fieles; los militares, que venden la suya con la expresa condición de matar a los otros; los comerciantes, que reducen los sentimientos y pasiones a valores de bolsa; los nacidos propietarios, que viven de heredar; los artistas, únicos que dan trabajo por dinero, etc., etc., y todavía quedará una multitud inmensa que no existiera de ninguna de esas cosas y que, sin embargo, existirá; su número de pueblos grandes es crecido y esta clase de gentes no pudieran sentar sus reales en ninguna otra parte: necesitan el ruido y el movimiento, y viven, como el pobre del Evangelio, de las migajas que caen de la mesa del rico. Para ellos hay una superabundancia de pequeños oficios, los cuales, no pudiendo sufragar por sus cortas ganancias la manutención de una familia, son más bien pretextos de existencia que verdaderos oficios: en una palabra, modos de vivir que no dan de vivir; los que los profesan son no obstante, como las últimas ruedas de una máquina, que, sin tener a primera vista grande importancia, rotas o separadas del conjunto paralizan el movimiento.

LARRA

Joyas del conocimiento

El hombre, como todos los animales bisexuados, es un animal social. No se trata aquí de un principio metafísico, sino de un instinto profundo, **orgánico**. Esa sociabilidad se ha desarrollado en el curso de las edades, a través de la serie animal, de grado en grado de la escala zoológica, verdadera escala natural de los valores, y tiende, en el hombre, a llegar a su plena expansión, que aún contrarían las condiciones económicas y políticas de la vida.

Esa sociabilidad la vemos aparecer y manifestar sus primeros efectos con los primeros rudimentos de la vida en común. Así, el sentido moral nace y se perfecciona con la asociación. Los dos fenómenos son concomitantes, solidarios.

Pero el carácter social de la vida es universal. No es solamente el hecho de la vida animal: se extiende al universo entero: es atómico y es cósmico. Y la sociabilidad humana no es sino esa tendencia natural, valorada y fortificada por la razón y la costumbre. Tal es la génesis del sentido moral. Tal la genealogía de la moral humana: fundamento natural, fisiológico, **físico**.

La sociabilidad está en todas partes: en estado latente o en estado aparente. Ciertos cuerpos se combinan o se amalgaman entre sí: otros no se combinan o no se amalgaman... Afinidad química: forma elemental de la sociabilidad y de la asociación. Esto en cuanto a la materia bruta. Pasemos a la materia viviente. ¿Qué son los órganos vivos, desde los más simples a los más diferenciados, sino verdaderas sociedades, asociaciones de elementos biológicos? ¿Hay, siquiera objetivamente, una línea de demarcación entre los organismos llamados biológicos y los organismos llamados sociales? En los unos, sin duda, percibimos de una sola mirada el conjunto de unidades componentes; entre los otros, no. Pero ese punto de vista subjetivo, ¿es una base suficiente para unadistinción racional y científica? En realidad, todo ser viviente es una sociedad, como toda sociedad es la acción recíproca, espontánea y constante de individuo a individuo, de unidad a unidad, cualesquiera que sean la aproximación o el alejamiento materiales de esos individuos, de esas unidades. Así, a pesar de su inmediato contacto, dos pedazos de roca yuxtapuestos no forman una asociación, porque del uno al otro no hay acción alguna espontáneamente recíproca. La distancia, pues, importa poco, y se puede decir que no existe diferencia esencial, fundamental, entre la vida de una sociedad humana, por ejemplo, y la de una colectividad celular. Vida y sociabilidad van emparejadas.

La sociabilidad no es, por otra parte, sino la manifestación de la tendencia natural que tiene la vida, en todo ser viviente, a intensificarse.

Paul GILLE

Crimen y castigo

El individuo social es y no puede ser sino lo que le hacen la herencia, la educación y el medio. Sería perder el tiempo querer luchar contra ese hecho. En un medio antagónico, violento, falso, jerárquico, es fatal que el ser sea egoísta, batallador, hipócrita, dominante.

Los consejos, las advertencias, los castigos, no prevalecerán contra esa fatalidad. «Todos los sistemas de penalidad — dice E. de Girardin — y todos los suplicios han sido imaginados. ¿A qué han conducido, si no es a mostrar su impotencia?»

Tal vez no hay un solo gran espíritu que, habiéndose ocupado de la cuestión, no haya concluido en el mismo sentido. Platón dice que «dos crímenes son causados por la falta de cultura, por la mala educación y por la mala organización del Estado». Se lee en la célebre Utopía del ilustre Tomás Moro: «La justicia de Inglaterra y de muchos otros países se parece a esos malos maestros que azotan a sus alumnos en lugar de instruirlos. Hacéis sufrir a los ladrones tormentos espantosos; ¿no valdría más asegurar la existencia a todos los miembros de la sociedad a fin de que nadie se encontrara en la necesidad de robar primero, de ser castigado después? Abandonáis millones de niños a los estragos de una educación viciosa e inmoral. ¿Qué hacéis pues? ¿Ladrones y asesinos, para tener el placer de ahorcarles!»

ACTO PRINCIPAL DEL ESTADO

CON FRANCO,

«ESE HOMBRE»

Asesinato de Miguel de Unamuno

(Continuación)

por FLOREAL OCAÑA

NO que nos angustia en el presente y para el futuro — dice Miguel de Unamuno — es la necesidad de restablecer una conciencia universal de la humanidad. En la afirmación de este sentido de la justicia para todos los pueblos y los individuos, nuestra España ensangrentada tiene que ocupar su puesto, el lugar adecuado a sus valores espirituales... Los valores del espíritu y la dignidad del hombre tienen que imponerse por encima de todo lo demás... La humanidad debe volver a creer en la fraternidad entre los hombres sobre la tierra»...

Acabemos de probar a Ramón J. Sender con «cuánta falta de exactitud» — que él nos achaca torpe y aviesamente —, parcialidad, injusticia, falsedad y espíritu o sentimiento abyecto, en grado superlativo, habla sobre Miguel de Unamuno.

Somos nosotros los que publicamos en los números 160, 161, 162, 164 y 165 de la querida revista CENIT, la conferencia pronunciada — por el firmante que una vez más, repito, hablo en nombre de los que coincidimos — en el Ateneo de Cuernavaca sobre «Unamuno y Benavente. La verdad y la mentira». En ésta, por vez primera, estudiamos las personalidades definitivas, globalmente consideradas, del primero y del segundo, contrastándolas, basándonos en la conducta o el decir y el hacer del uno y del otro a partir del 18 de julio de 1936 porque, a nuestro entender, sintetizan, respectivamente, todo cuanto quisieron ser, en sentido ético e intelectual, para siempre, al fin de sus vidas.

Sobre la segunda personalidad, la de Jacinto Benavente, que la presentamos como fue: defensora para el servicio del régimen franquista, Ramón J. Sender, proyectando psicológicamente su preferencia por la mimada por «Franco, ese hombre» y el Tío Sam, ni una palabra en contra le dedicó pese a que hasta el fin de sus días sirvió a estos dos últimos, que es tanto como hacer, con su silencio, causa común con él; pero sí cargó de la forma más torpe y ruin contra el primero: contra Miguel de Unamuno.

Defensa de la personalidad global de Unamuno

Dice Sender que «elogiamos la figura de Unamuno y no tal o cual novela, poema o ensayo del mismo».

Esto es lo que aconseja Sender debe hacerse si-

guiendo los caminos trillados poniendo de relieve su mediocridad a sabiendas que es lo que han hecho, hasta el presente, casi todos los escritores mal o bienintencionados, mejores y peores, para alardear o no de erudición, por exhibicionismo o no literario, puramente o no literario, de a tanto o no la línea, con más o menos repujada y bruñida literatura según dominen y sepan usar los elementos estéticos del lenguaje en el arte de escribir. Pero así sólo logran reflejar, a su modo, con mayor o menor acierto, fracciones de la personalidad tan vasta y compleja del sujeto llamado, en este caso, Miguel de Unamuno.

Cualquier psiquiatra o psicólogo al psicoanalizar a un individuo una de las preguntas que le hace, advirtiéndole que al hacérsela responda al instante, sin detenerse a reflexionar, automáticamente, para que tenga un valor psíquico-mental o sensorio-motor, dato psicológico de verdad espontánea a analizar, es la siguiente: «¿Qué animal hubiera deseado ser de no pertenecer al género humano?» A un sujeto, por ejemplo — al que escribe — se la hicieron, por sorpresa, y apenas el psicoanalista acabó de pronunciar la última palabra de su pregunta el interrogado respondió: golondrina. Esto es tan verdad como cierto es que lo leerá el psicólogo que la hizo que ejerce en la Universidad Autónoma de México.

Viene a cuento esta explicación porque Ramón J. Sender — que dice «elogiamos a Unamuno venga o no a cuento» — al adoptar la palabra «figura», atribuyéndonala, habiendo nosotros empleado el vocablo «global», al todo representado por Miguel de Unamuno, a su «yo» total, o a su personalidad concreta, integral, ha puesto al desnudo, con la elección de su palabra, algo de su mundo subjetivo, de lo poco limpio de su íntimo sentir y pensar que ha estado tratando — al entender del firmante — de ocultar hasta hoy que no sólo el fondo o la suma de todos los valores superiores que constituyen la vida interior del ex-rector salmantino sino que hasta su figura en conjunto, lo exterior, de estricta impresión psicológica, la apariencia prócer del mismo, y sus modos de hablar, de perorar y de forma innoble e insana hasta odiarlo, proyectando así psicológicamente, al exterior, lo predominante en su personalidad: que odia cuanto de superior le rodea.

Ya que sus carencias afectivas humanitarias o actuales miserias morales, psíquicas y mentales le impiden alcanzar el elevado y sublime nivel ético que alcanzó Miguel de Unamuno, ¡cuánto de inferior siente, Ramón J. Sender, no poder ascender, al menos, hasta la altura intelectual de aquél para conquistar, por encima de todo, renombre literario y mayor mercado para sus artículos y libros, la máxima popularidad, que le envanecería más y más sería, por lo tanto, tan o más innecesaria y falsa, en sentido social y humano, que la de Benavente!

Recuérdese, repetimos, que la conducta de Jacinto Benavente la confrontamos con la de Miguel de Unamuno, en la conferencia de Cuernavaca, y Sender, mientras contra éste descargó falsedades, diatribas y sucias perrerías, sobre el primero no dice palabra, proyectando, con su silencio, sus afinidades con el mismo, con Benavente, que hasta el último segundo de su existencia estuvo defendiendo al franquismo, desvergonzadamente. Compréndase, pues, cuánta indignación nos causa el artículo de Ramón J. Sender titulado «Falta de exactitud», como asimismo el libro cruel de M. Jiménez Igualada.

La Psicología científica contemporánea, estudiando al hombre lo hace considerándole globalmente, porque él es un todo — y no suma de partes — funcional biológico, psíquico y mental que no podemos dividir en porciones, aunque, convencionalmente, para las especializaciones, pueden ser estudiadas y tratadas, separadamente; y en ese todo psico-somático y psico-ideal, de ser orgánico con valores fisiológicos y psicológicos influyen elementos y energías endógenas y exógenas, y factores culturales.

Hasta en lenguaje llano de la vida cotidiana el sujeto más profano en materia psicológica al referirse a la conducta observada por un individuo humano dice: «Se porta bien o mal; es bueno o es malo. O recibimos buena o mala impresión de una persona desconocida que se nos presenta».

En todos los casos, superficiales o examinados de acuerdo con la psicología profunda, al sujeto lo tomamos o consideramos en **conjunto** como hicimos con Unamuno. Este con su actitud adoptada desde el 18 de julio al fin de diciembre de 1936, durante cinco meses y medio, aproximadamente, particularmente a partir del 12 de octubre del mismo año, resumió toda su vida moral, psíquica y mental que **quiso exponerla** y salvarla, **íntegramente**. Lo hizo con claro y pleno buen juicio, a **conciencia** o a sabiendas que ponía en peligro de desaparecer toda su estructura orgánica. Y prefirió que se la «arrebataran», perderla a transigir eliminándose, por instinto de conservación, como **ser ideológico** con todos los valores superiores que Miguel de Unamuno representó con heroísmo humano cimero, al parecer a pesar de Ramón Sender y de la revista «Comunidad Ibérica», que acepta en sus páginas las malas ideas de su colaborador.

Los **sentimientos** y **pensamientos** últimos de Miguel de Unamuno, mal llamados del «espíritu» — como diría el querido compañero Costa Iscar ya desaparecido, que sigue viviendo en nuestro corazón —, están vinculados al **existir universal**, de todos

los tiempos como disfruta Sócrates, por ejemplo, de valor trascendente, incommensurable, del que carece totalmente el «vegetar», llamado también vivir, del sujeto que indiferente al dolor ajeno le importa sólo su longevidad física que tan corta, infima e intrascendente resulta en el tiempo y en el espacio cósmico — sin medida y sin fin — aunque la prolongue miserablemente obteniendo más «dineros» que el Judas denigrando y haciendo mal a otros de sus semejantes: traicionando al ideal humanitarista.

En términos psicológicos podemos decir persona como «figura» hablando de un individuo humano determinado por «figurar» éste como miembro de la especie humana. Pero «figura» — con lo que Sender proyectó la parte predominante de su psicología que está en medida y a tiempo de mejorar, lo cual nos alegraría — o persona no es igual a **personalidad**.

Todos los valores fisiológicos y psicológicos: instintivos, temperamentales, tendencias y hábitos, emocionales, afectivos, intelectuales, éticos, etc., del individuo humano, contribuyen a formar una **unidad** que pueden hacerla variar necesidades y situaciones vitales distintas: la **personalidad**, mala o buena.

Concretando de otro modo el concepto **global** del sujeto valorando el **total** de su obrar, de su **hacer** en el medio social, tan acre y malignamente criticado por Ramón Sender; todos los valores cualitativos y cuantitativos psicosomáticos, los heredados, con los bienes culturales adquiridos por la persona, los más valiosos, porque son los que nos hacen obrar **bien o mal**, constituyen no una «figura», dicho en términos científicos — sin serlo nosotros o el que escribe y al margen de lo literario —, sino una síntesis psico-ideal, lo vivo y lo singular del sujeto, el **yo** integral o digamos: al hombre sensible y pensante en su totalidad integrada, influyendo en ésta los elementos y los factores citados y otros no expuestos, endógenos y exógenos, en constante dinámica inter-relación e inter-acción que intervienen en las funciones fisiológicas, psíquicas y mentales, en el **todo** biopsicológico diferenciando a un individuo humano de otro.

Lo mismo que se dice: el café «humea» en la taza, sabiendo que es agua que se evapora, podemos usar el vocablo «figura» como término literario; asimismo cuando adquirida por el sujeto **una personalidad** — claro está lo de **unidad**, lo global — más o menos concreta y relevante, podemos decir que con ésta «figura» o puede «figurar», **distinguirse**, con acierto mayor o menor en tal o cual actividad humana; pero no en términos psicológicos, científicos, repetimos, tomando el humo por agua o la figura — o la persona — personalidad.

Si a Ramón Sender no lo convence nuestra opinión fundada en las propias experiencias, estudiándonos nosotros mismos y estudiando a nuestros congéneres, vea qué opinan al respecto la Biología y la Psicología, en nuestros días. Para el biólogo y el psicólogo la personalidad es dada por el complejo: a) de funciones orgánicas que se revelan en la constitución; b) por las disposiciones con cuya expresión comprendemos las tendencias, las inclinacio-

nes y los efectos, o sea, las funciones distintamente descritas como propias del yo inferior, yo práctico, timopsiquia, que es la actividad afectiva del «espíritu» en oposición a la noopsiquia o actividad intelectual, etc.; c) por los sentimientos superiores y las funciones intelectivas volitivas. Cada sujeto atribuye las funciones fisiológicas y psíquicas que él percibe como propias de un «yo», de un «todo» que el psicólogo llama personalidad humana.

Sépanlo Ramón Sender y todo el mundo: Miguel de Unamuno el 12 de octubre de 1936 obró todo él, su yo todo como **unidad** humana universal inquebrantable, con todas las potencias de sus energías psicológicas, éticas, afectivas e intelectuales, tomando relieves sublimes su **personalidad** que la situación que vivía y sufría en medio de la barbarie fascista le hizo concretar, forjándola en el yunque del «dolor», y que ya no rectificaría, dispuesto a sufrir la «caída» con ella y por ella con altivez elevada de luchador tenaz, «visionario» del futuro de España, que sabe que la última batalla, por la «Razón y el Derecho», la ha de ganar: la de Quijote que la anti-España no pudo vencer aun haciéndolo «caer».

¿Por qué Ramón Sender y los demás «eruditos» quieren «demostrar» que tienen a mano lo «feo y lo malo» que en el pasado habló y escribió Unamuno — gran parte mal comprendido por sus detractores — no han transcrito **pensares y sentires** del mismo — ni uno siquiera — con los que podrían formarse uno o más libros que están más de acuerdo con la filosofía y la psicología que expuso con su conducta al fin del curso de su vida?

Ya hemos reproducido algunos y transcribimos otros, seguidamente, dejando otros breves escritos de Unamuno para intercalarlos más adelante en lugares adecuados. Poco es lo que reproducimos del ex-rector de la Universidad de Salamanca; y nos vemos obligados a hacerlo para que no repita Ramón Sender, con tanta «inexactitud» y desfachetez, tan afín del franquismo, que a Miguel de Unamuno «lo elogiamos y lo aplaudimos sin saber a ciencia cierta por qué».

He aquí un jirón del pensar y del sentir más íntimo del mundo subjetivo de Unamuno que lo materializó, ¡enteramente!, con su último acto que tanto hemos comentado: «**Todo es mentira mientras ahorque los impulsos nobles y aborte monstruos estériles. Por sus frutos conoceréis a los hombres y a las cosas. Toda creencia que lleve a obras de vida es creencia de verdad, y lo es de mentira lo que lleva a obras de muerte. La vida es el criterio de la verdad y no la concordia lógica, que lo es sólo de la razón.**».

¿Y no es el régimen medieval fasciofalangefranquista, que «lleva a obras de muerte», creencia de mentira, con la Iglesia que lo bendijo y lo impuso con los militares, los terratenientes y los grupos oligárquicos que tiranizan y explotan al Pueblo español? ¿Cómo se atreve Ramón Sender a afirmar que «Unamuno saludó con entusiasmo a éstas fuerzas que no cesan de «ahorcar impulsos nobles y de abortar monstruos estériles» — como él dice — que sólo «obras de muerte» son capaces de ejecutar? La verdad es que Ramón Sender expresándose así se

suma, aunque parezca otra cosa, a los que no ven más allá de sus narices: a la corriente de opinión reaccionaria de la anti-España que no «perdona» a Miguel de Unamuno que tales conceptos los manifestara antes de alzarse aquella contra la España del Quijote.

Sin embargo los ensotanados y malandrines fasciofranquistas de toda laya siguen celebrando, con más pompa — que van siendo de «jabón» — cada año homenajes a Miguel de Cervantes Saavedra y a su producción literaria, como empiezan a celebrar los de otro Miguel, pero de Unamuno, intentando, sin poder lograrlo, apropiárselos, hacérselos suyos, a pesar que los rechazan con fuerte e irresistible «pedrea»: «... **Defenderán, es natural, su usurpación, y tratarán de probar con muchas y estudiadas razones que la guardia del Sepulcro de Don Quijote corresponde a bachilleres, curas, barberos, duques y canónigos que lo tiene ocupado. A estas razones hay que contestar con insultos, con pedradas, con gritos de pasión. No hay que razonar con ellos; si tratas de razonar frente a sus razones estais perdidos.**»

Perdidos estuvieron, por desgracia, los gobernadores y demás políticos republicanos y socialistas españoles que en julio de 1936 tenían en sus manos las riendas del poder en las regiones hispanas, y que al oír las voces apremiantes de alerta que dábamos los hombres de la C. N. T. y de la F. A. I., en vez de ponerse en contacto directo con el Pueblo y darle las armas que reclamaba, como medida de previsión, prefirieron dedicarse a «razonar» con los militares. ¡Temían más a la España del Quijote!

Así el nazifasciofranquismo pudo triunfar en la media España que los políticos dejaron desarmados a los trabajadores de todas las ideas diciéndoles que confiaban en las «razones» que les daban los «altos» jefes militares — hasta personajes eclesiásticos complicados en el alzamiento —, en la palabra de «honor» que les dieron: que «no traicionarían a la República, al juramento de servirla y defenderla».

Sin embargo, se alzaron el 18 del mes y del año precipitados sorprendiendo a los cobardes, torpes e ingenuos políticos que confiaron en los sujetos que ejercitan las técnicas de matanzas colectivas, el ejercicio de asesinar en gran escala, al por mayor, en guerras, y los pasaron por las armas. ¡He aquí un por qué más monstruoso que enseña que los pueblos no han de confiar en tutores políticos de ninguna clase, que son ellos mismos que han de aprender a salvarse por su propio esfuerzo! «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos».

La política confió en la «honradez y en la lealtad» de las fuerzas negras y retrógadas de la reacción que Miguel de Unamuno ya empezó a combatir, de palabra, públicamente, el 16 de julio de 1936, en la Plaza Mayor de Salamanca, gritando, tronando más bien contra Azaña, en particular, mencionándolo, y demás gobernantes de España diciendo entre otras cosas: «**Están ciegos; no ven siquiera lo que está tan claro: que de uno a otro instante va a desencadenarse la tempestad sangrienta sobre España y nada hacen por impedirlo!**»

Y lo peor es que la falta de visión y de previsión

de los políticos izquierdistas les costó a éstos vidas y más, muchísimo más caro al Pueblo español que vio caer a cientos de miles de los suyos, de los nuestros que no debieron caer ni merecieron ser derrotados por los nazifasciofranquistas. En la otra media España los gobernadores republicanos también estuvieron negando armas a los trabajadores hasta las mismas primeras horas del alzamiento fascista. Pero gracias a los libertarios de la C. N. T. y de la F. A. I. y avisados obreros de la U. G. T., empleando la **acción directa**, tomaron las que pudieron, pudo constituirse la llamada zona antifranquista al ser batido el fascismo en los días 18 y 19 de julio de 1936, en pocas horas, como pudo ser vencido en las demás regiones hispanas si los gobernantes de la República hubieran entregado al Pueblo las armas que éste reclamaba desde el 17, tan sólo un día antes, en la fecha que ya «Franco, ese hombre», se alzó en el N. de Africa realizando ejecuciones en masa significando que se atrevía a tanto porque contaba con el alzamiento de los militares de la península. ¡Y los gobernantes republicanos no se daban por enterados!

Ya «vencedora» la anti-España, con sus militares, «curas, duques, canónigos, etc.», hace la guardia del Sepulcro de Don Quijote, como al del mismo Miguel de Unamuno que siguiendo el ejemplo de aquél revivió sus hazañas nobles y justicieras. Este

la atacó con coraje, sin amilanarse, y continúa atacándola de manera singular: desde el fondo de la Historia con contundentes puñadas literarias humanizadas tanto o más efectivas y demoledoras que las que puedan dar un millón o más de puños. Y acabarán desintegrando y pulverizando a tal régimen liberticida sostenido por sujetos irracionales, sanguinarios y crueles, que no alcanzan a comprender que los sepulcros que guardan con tan anormal y patológico celo, nada humano contienen; que el Quijote, insepultable, por ser inmortal, sigue suelto por tierras hispanas, acosándolos, llamando a la rebelión, con gritos de pasión liberadora, animando, con su ejemplo, a los Hombres esforzados cuyo número irá creciendo, creciendo hasta que lograrán acabar con lo medieval, con el mal de España.

Queriendo Ramón Sender, con Miró y «Comunidad Ibérica», y demás sujetos que los siguen, dejar, para siempre, a Miguel de Unamuno en manos de los nazifasciofranquistas, como si les perteneciera, de «todo corazón», mintiendo o haciéndose cómplices de las mentiras propaladas por éstos sobre aquél ex-rector salmantino ¿merecen o no las mismas «pedradas» que ya lanzó el Quijote a los defensores de la inquisitorial anti-España? Consideramos que sí.

(Continuará)

OSCURIDADES

La sombra es sudario para la impostura, la vanidad y los oropeles; por eso hay tantos que la odian.

La sombra mata la inútil belleza de las piedras preciosas que cautivan las mentes primitivas.

En la sombra nacen las tempestades y las revoluciones que destruyen, pero también fecundan.

El carbón, piedra oscura que tizna las manos que la tocan, es fuerza, es luz, es movimiento cuando ruge el fogón de la caldera.

La rebeldía del proletariado oscuro es progreso, libertad y ciencia cuando vibra en sus puños y trepida en sus cerebros.

En el fondo de las tinieblas toman forma los seres y empiezan las palpitaciones de la vida.

En el vientre del surco la simiente germina.

La oscuridad de la nube es la fertilidad de los campos; la oscuridad del rebelde es la libertad de los pueblos.

Práxedes G. GUERRERO

Viejos apuntes para mi hijo

por EUGENIO RELGIS

L DE ENERO (1924). No es un fin, ni un comienzo. Ni el ayer, ni el mañana... Hoy no es el día cuando se agrega una incisión en el tronco de lo temporario, clavado en la noche de las fatalidades terrestres y erguido, con las ramas de las esperanzas, hacia el cielo de las felicidades inaccesibles. No, hoy penetro en mí mismo, en el infinito de la vida pura; hoy quiero evadirme de mi cárcel de carne, para conocer mi propia eternidad. Y la veo en ti, hijo mío, recién nacido, que duermes en la cama inmaculada, victoria plasmada con sufrimientos y amor.

★

He ahí el primer cuento, hijo mío. Vas a comprenderlo cuando seas más grande... Un ricacho presta a un poeta enfermo una pequeña cantidad de dinero, bajo esta condición: si el poeta muere antes de pagarle la deuda, le deja toda su fortuna.

Y, en verdad, después de la muerte del poeta, el «benefactor» de gran vientre y bolsas llenas de oro, recibió un kilogramo y medio de cerebro y un corazón destrozado.

★

Un ejemplo de relatividad:

Ofrece a un hotentote un jabón; él te dará, en cambio, un puñado de estiércol. No te indignes. El fin es el mismo. El hotentote no conoce mejor jabón que el estiércol.

Eterna disparidad de las firmas. Solamente la idea puede ser absoluta. El rey de una isla de Oceanía te recibirá en audiencia, en una especie de galpón con tejado de cañas, apenas vestido con un chaleco y llevando, sobre la cabeza, un sombrero de copa, aplastado, hecho acordeón. Reprime tu risa. Tienes que respetar una idea universal: la soberanía. ¿Qué importa su ropaje?

★

Hijo mío, he ahí mi oración de todos los días: Creo en una fuerza suprema: la del espíritu creador;

mi ruta hacia el corazón de los hombres, de las cosas y del mundo, me la abro siempre, paso a paso, mediante la intuicionalidad, y ésta no es más que amor clarividente y perseverante;

no me someto sino a un solo imperativo: el de mi propia conciencia;

todas mis aspiraciones se resumen en una sola: el conocimiento de mí mismo;

y no conozco más que un medio de elevación: el autoperfeccionamiento.

★

Yo no te doy consejos. Se dice que la experiencia de algunos debe ser provechosa a muchos otros.

Pero sé que la experiencia es más bien personal y que no se sigue con los mejores consejos sino después que ellos han sido verificados por las propias experiencias.

Prefiero esbozar algunas características y definiciones:

La felicidad. — Nadie puede regalártela. La verdadera felicidad es la que puedes crear por tus propios medios. Es esa modesta satisfacción que resulta de la conciencia de cumplir con tu deber. Es la que se conquista a través de luchas siempre justas y honestas.

La mentira. — Es una manifestación del instinto de conservación. Pero eso no significa que la mentira sea algo natural y en nada vergonzante. Quiere decir simplemente que una característica de la psicología humana es la cobardía: el miedo a la verdad.

La sinceridad. — La única regla de conducta para con los hombres. Sinceridad implica lo que se llama cortesía. Sin embargo, la cortesía de los más es una máscara. Empéñate, pues, en penetrar más allá de los labios y los ojos de los hombres, en su corazón y su conciencia.

La conciencia. — No es una mera palabra, sino una tremenda realidad que la mayoría de los hombres ignoran mientras viven, y la descubren en el momento despiadado de la muerte.

El egoísmo. — Una ley natural. **El altruismo.** — Una ley natural y humana. Pero las dos están tan estrechamente unidas, que debemos reconocerlas en todas las manifestaciones de nuestra vida. La una no debe dominar a la otra, sino complementarse la una a la otra, corregirse y mejorarse recíprocamente. Un sociólogo ha fundido estas dos palabras en una fórmula sugestiva: **egoaltruismo.**

La riqueza. — La material es, frecuentemente, sinónima de la pobreza espiritual. Quien conoce la sed del alma, el hambre del corazón, el insomnio de la mente, sabe que el dinero no puede proporcionarle nada de lo que necesita su hombría de bien.

★

«Los milagros» se vuelven cada vez más raros, a causa del progreso vertiginoso de la técnica. ¿Qué cuentos fantásticos podría imaginar todavía para ti, hijo mío, hoy día, cuando los elementos fantásticos se convierten en realidades? El automóvil, el avión, la radiofonía, la televisión, todos los

inventos que dominan el tiempo y el espacio poniéndolos al alcance del hombre, que no tiene más que manejar una llave, una ruedecita, un botón, un freno, no son más que los «milagros» de los viejos cuentos y leyendas, aplicados en la vida de cada día.

Pese a todo, nos quejamos del «modernismo» prosaico, utilitario. En efecto, el sueño, la poesía **aplicada** (como diríamos la geometría aplicada) a todas las necesidades de la vida real, pierde completamente su encanto, su poder mágico. Preferimos el universo ficticio, pero sin límites, de la imaginación. La máquina que transforma en realidad una ficción nos empobrece de un sueño y nos ofrece, astutamente, la carga de una nueva necesidad.

★

Busco en vano un cuento, como te lo prometí. No lo encuentro en el mundo de las flores, ni de los animales. Ni en el mundo de los fantasmas o de los monstruos, ni en mitologías. ¿Por qué quieres que te engañe con ficciones? ¿Por qué tengo que envolverte en ilusiones que, muy pronto, la vida va a arrancarlas una a una? Prefiero los «cuentos» que no serán desmentidos por tu propia experiencia. Cuentos constituidos por realidades que templan el alma e iluminan la mente. Te ofrezco pensamientos que siento más fundados y sólidos que las ficciones literarias. Porque quiero preservarte de la enfermedad de lo absoluto, primera causa de todos los devaneos y extravíos humanos. Los cuentos podrían acostumbrarte a la obsesión de la eternidad, a felicidades ilimitadas, a dones milagrosos — al absolutismo de todos los deseos y todas las vanidades humanas. Los pensamientos, por el contrario, son limitados, prudentes. Ellos buscan, escudriñan, conquistando las realidades paso a paso, gesto tras gesto. Los pensamientos son partículas de la divinidad, chispas que traspasan la relatividad del hombre, su fugaz temporalidad. Con los pensamientos se pueden construir los más hermosos cuentos — pero también verídicos, los más fantásticos — pero también posibles.

He ahí, hijo mío, por qué no quiero engañar tu infancia. Quiero realizar los cuentos en tus juegos de cada día. Quiero incorporar en ti los pensamientos que surgen detrás de mi frente, como relámpagos en un cielo nublado.

★

Me preguntas a veces quién es Dios. Yo no sé quién es, y tampoco qué es él. Pero puedo decirte, en pocas palabras, lo que he llegado a creer acerca de él:

Dios (más exactamente, la idea de Dios) es una expresión de la conciencia colectiva, social. En la correlación entre la conciencia individual y el universo, no se necesita — en la **mayoría de los casos** — ningún intermediario. Los poetas y los filósofos han sido los cantores e intérpretes más o menos clarividentes de esta acción directa entre el hombre y el universo.

Cuando la sociedad natural empezó a convertirse

en una nueva realidad, superpuesta a la realidad individual, aparecieron entonces los «sábelotodo», los «enviados del Señor» que se impusieron como intermediarios entre el universo y la muchedumbre (pueblo, raza, etc). Desde entonces, la religión ya no es una manifestación del orden individual; ha perdido su carácter íntimo, personal, y ha llegado a ser un «método», una práctica secreta de la teocracia que ha colocado a Dios como un muro separador, como un escudo de defensa entre los pueblos y sus amos privilegiados.

Tienen razón ciertos revolucionarios, cuando afirman que el más grande triunfo consistiría en «apartar a Dios de los asuntos humanos», vale decir de la vida social. Los reaccionarios se ocultan, hoy todavía, detrás de los templos y altares, como los arqueros detrás de las almenas de las fortalezas medievales, apuntando con sus saetas a los que se acercan a la ciudad divina, movidos por un impulso de recogimiento y de hermandad con sus semejantes.

★

9 de marzo de 1924. — No olvides, hijito mío: ayer has sido castigado. Has recibido una paliza, la primera, una «grande», como suelen aplicarla a mayoría de los padres a los hijos que permanecen insensibles o indiferentes a todas sus advertencias y reprimendas, a todos sus ruegos o mandatos de quedarse tranquilos.

He aquí lo que has hecho en un solo día: has llegado con retraso a la escuela, porque te has divertido con el perrito; has regresado a las dos, después de vagar quién sabe dónde, y has traído, en el cuaderno de francés, una mala nota por el último deber; has comido deprisa, glotonamente, manchando el mantel y desparramando las migajas sobre el piso. Tanto barullo has hecho, agitando y retoyando durante el almuerzo, que nos has dejado con la comida atragantados. Luego has martillado los muebles, las paredes y has rasgado la ensejadura del cuarto de baño. Has molestado a la señorita profesora, no queriendo preparar las lecciones, regateando para cada línea, para cada problema de matemáticas. Has huido hasta el terruño baldío con tu banda de muchachos, jugando al fútbol en el fango y ensuciando tu uniforme nuevo de colegial; luego has desaparecido por la vecindad, para regresar tardíamente y repetir, durante la cena, las desvergüenzas del mediodía: siempre exigías otra cosa que lo servido. Y te has resistido a limpiarte del polvo y la suciedad acumulados en todo un día de juegos y correrías, exasperando a tu madre, que te preparó el baño. Gritando te escurrias de una habitación a otra, desplazando sillas y alfombras y, finalmente, has volcado el tintero de mi escritorio: la tinta ha salpicado la pared y el piso...

Tanto has hecho ayer (no recuerdo ya lo que has hecho anteayer). Y mamá te ha traído golosinas cuando estuvo de compras, y tiradores (los otros los has despedazado entre semanas) y cordones para tus zapatos (los otros los has roto en pocos días). Yo te he traído un nuevo manual de geogra-

fia (porque, según parece, te lo han robado en la escuela)...

A las once de la noche, cuando no te habías acostado todavía, pese a los ruegos y lágrimas de tu madre, extenuada y desesperada, yo también perdí la paciencia y me enfadé. Recibiste entonces una paliza «número uno». No te atreviste a protestar. Sin una palabra, sin un grito, has soportado el «castigo», ocultando apenas el rostro con las manos, o tratando de esquivarte en un rincón o tras un mueble. Callabas, pese al dolor. Diez veces te pregunté si ibas a ser razonable en adelante y cumplir con tus deberes de hijo y escolar — y sólo has lanzado un «sí» aullante, recién cuando estaba a punto de arrancarte la oreja. Sentí entonces cuán absurdo y vano fue todo mi enojo: — que no se puede hacer el bien por medios violentos, y que tampoco se puede lograr algo mediante el mal. Todavía me duelen las manos, después de esa loca paliza, mientras tú duermes tranquilamente en la cama, como si nada te hubiese sucedido.

Me duelen las manos, pero también el corazón. Y como un gusano ponzoñoso, me roe este pensamiento: Y por qué te golpeé después de haber tratado por todos los otros medios de refrenar tus travesuras y maldades, y hacerte volver al «sentido de la realidad», aunque eres todavía «apenas un niño» (como dice mamá). Me he convencido de la inutilidad de todo castigo corporal, aun si mi miedo te hubiese penetrado hasta los huesos, y aun si ese «sí» tuyo, tan difícilmente arrancado, fuese confirmado de hoy en adelante por una «buena conducta». Pero comprendí por qué 90 por 100 de los padres aplican sistemáticamente castigos corporales a sus hijos: porque ellos son tan malos, tan estúpidos, caprichosos y carentes de buen sentido como sus vástagos. De este modo, el círculo vicioso de la «educación» persiste, todavía hoy, como una maldición. Sólo la esperanza de que van a corregirse de una vez (que encontrarán en ellos consuelo y apoyo durante la vejez) impulsa a los padres a amar a sus endiablados hijos, sacrificarse por ellos, como los pelícanos — y hasta engendrar otros hijos, pese a que en estos tiempos basta uno solo, para una familia: — es demasiado y hasta super-numerario en esta sociedad desorganizada, que se devora a sí misma como las arañas y los escorpiones, o las fieras en la jungla de la civilización del siglo veinte.

Recuerda bien, hijo mío, que ayer recibiste la primera paliza, una gran paliza. Es también la última. Tú vas a perdonármela. Quizá la olvidarás de veras. ¡Qué absurdo es este dicho!: «Quien bien te quiere te hará llorar». Yo no puedo perdonarme. Nunca lo olvidaré. Yo debí soportar, resignado, todas tus desvergüenzas, maldades, vandalismos y locuras, ya que tú eres yo... Yo soy yo en tí, con los pecados ancestrales, pero también con la culpa de soñar incesantemente un mundo mejor para tí, a través de tí...

★

25 de mayo de 1937. — Salí con mi hijo. Yo iba a la biblioteca, él al cine. Tenemos la misma direc-

ción — me dijo — y bajaremos en la misma estación. Habitualmente, el muchacho no va conmigo por la ciudad, especialmente cuando quiere ver una película, lo que sucede con frecuencia (en vano intento refrenarle). Esta vez, partimos juntos, como dos camaradas. Ninguna palabra durante el recorrido. Hacía mucho calor. Los rayos del sol, como saetas, me herían los ojos en las encrucijadas o cuando se deslizaban sobre los techos de las casas bajas. ¿Por qué me oprimía todo? El aire, la gente en el tranvía, la luz, los ruidos, los pensamientos. ¿Cansancio? ¿Inhibición? ¿Enajenamiento?

Bajamos los dos en la intersección del bulevar Bratianu con la calle Rosetti, en una «isla», en medio del río veloz de los automóviles, tranvías y camiones. Esperamos la señal eléctrica que dirige el tránsito. Yo tenía que ir por la izquierda para atravesar el bulevar; el muchacho tenía que cruzar la calle por la derecha, hasta el cinema Scala.

— Cruza ahora, rápido...

Y el hijo se marchó, alerta, apretando el paso, sobre la calzada reluciente, de piedras desiguales. Pero, de repente, resbaló en medio de la calle y cayó a lo largo de la vía, tan delgado y alto como era. En el siguiente instante, un automóvil apareció por la esquina, a dos pulgadas de él y se detuvo bruscamente. Si el hijo hubiese caído a través de la calle, el coche habría pasado sobre su cuerpo. Yo me quedé en el suelo, petrificado: parece que mi sangre había sido absorbida, toda, por un abismo. Pero el muchacho, en un salto, se levantó; el automóvil siguió su rumbo y antes de que yo pudiese arrancarme de mi isla de asfalto, el hijo ya estaba en el umbral del cine. Apenas tuve fuerzas para llamarlo, hacerle señas de que me esperase. Lo alcancé, lo palpé: sólo algunos arañazos en los codos y las rodillas...

Está sano y salvo. Pero la culpa es mía. Yo le dije que cruzase. Me pareció en aquel instante, que la calle estaba libre. No, el bulevar estaba libre. El muchacho lo sabía y, sin embargo, atravesó la calle. «Obedeció» mi consigna, pese a que en casa raras veces obedece de buena gana. ¡Ah!, la amnesia, ese extraño cansancio en el tranvía... Y los zumbidos en los oídos, y esos guiños nerviosos... «Ves como puedes convertirte en el matador de tu propio hijo»... El corazón me latía fuertemente. El muchacho penetró en el cine. Yo no me atrevía a cruzar el bulevar. Una señora, que presencié la escena, me miró abiertamente:

— ¡Tuvo buena suerte!

¿Reproche? ¿Ironía? Menée la cabeza, vagamente. ¿Vergüenza, remordimiento? ¿O ira, espanto, congoja? ¡Suerte! ¡Buena suerte!... Y me abalancé, ciegamente, impulsado por una especie de absurdo desafío, quizá por bravuconería, para atravesar el bulevar, pese a que no estaba libre en aquel momento...

El azar, la mera casualidad tiene, sin duda alguna, su significado, su «moral», como todas las fábulas: que la descubran los que creen que el hombre es un «animal razonable».

★

6 de abril de 1938. — Oye, hijo mío, esta «anécdota», auténtica. Ocurrió hace un cuarto de siglo, en Bucarest.

Un joven escritor se presentó al editor A. con el manuscrito de un libro de prosa literaria. Fue en un sábado, a las nueve de la mañana. Timidamente, el escritor expresó su deseo, tratando de resumir el contenido de su obra.

— Bueno, bueno, le interrumpió el editor; déjeme el manuscrito. Lo entregaré al Comité de lectura y, dentro de una semana, le haré saber el resultado.

El joven se fue, lleno de esperanzas. Como todo provinciano, recién llegado a la capital, dio un paseo por la Avenida de la Victoria. Después de **media hora**, pasando otra vez delante de la librería A., entró para comprar un lápiz. Advirtiéndolo al viejo librero-editor, apoyado en el mostrador, el escritor recordó algo relacionado con el manuscrito. Se dirigió nuevamente al editor:

— Señor...

Este, estremecido, como despertado del sueño, lo mira vagamente, lo reconoce y, llevando la mano a su frente, le dice:

— ¡Ah! sí, me acuerdo...

Se inclina detrás del mostrador, escudriña en montones de papeles, saca el manuscrito recibido media hora antes, y lo devuelve al escritor, diciéndole con una amable sonrisa:

— Señor, nuestro Comité de lectura ha examinado su trabajo. No podemos editarlo, porque...

... No interesa el motivo. ¿No es cierto, hijo mío? El libro apareció en otra editorial, y la segunda edición se publicó más tarde en la «Biblioteca Popular» del viejo A., el mismo editor olvidadizo que me devolvió el manuscrito. Es verdad, él ya no estaba entonces en el mundo de los vivos. Pero, aun si hubiese vivido, no se habría recordado del joven escritor, al que trató con tanta... complacencia.

¿Por qué te cuento este viejo suceso? ¡Para que sepas cómo hizo tu padre su debut! Y para expresarte mi admiración ante el coraje y la autoconfianza de la «nueva generación», que no necesita editores, y tampoco tiene que humillarse para publicar, por ejemplo, una revista: «**El cuaderno de la Juventud**», cuyo primer número recibí hoy de tus manos. Tú eres uno de los redactores. Todos los colaboradores tienen apenas 14 o 15 años (yo tenía más de veinte años cuando publiqué el primer libro!) Hojeo este cuaderno de 16 páginas, y dudo de lo que leo: tono firme, juicio rápido, afirmaciones que ignoran la vacilación. Tú también firmas una página: «Rumbo a Carmen Sylva», hacia la playa que llevaba el nombre de la poetisa, y no hacia su obra... Mañana, quizá, darás vuelta al mundo, sin que yo lo sepa, sin duda alguna, del mismo modo que has proyectado y realizado este **Cuaderno** también. ¡Terrible, la nueva generación! Y yo, que me creo joven todavía, por lo menos en lo que concier-

ne a las ideas, me veo sobrepasado por ustedes, los muchachos «modernos» que todo lo saben, indiferentes a todo, y que piensan con la velocidad del automóvil, del avión y del tren bólico... Me imaginaba que escribir es una función sagrada: veo que puede ser también un deporte. No me enfado por esto: probadlo. Una tentativa más, no importa. Lo que importa, es el resultado lo que queda de todas las búsquedas y los tanteos juveniles...

★

— ¿Crees que me engañas a mí? ¡Te engañas a ti mismo!

Así me decía mi padre, siempre cuando, durante mi infancia, intentaba esquivarme con una mentira, con una mentira a medias o mediante un silencio más insoportable que la mentira, de las obligaciones escolares o familiares. Y mucho tiempo permanecí asombrado por esta advertencia:

— ¡Te engañas a ti mismo!

Vivía, como todos los niños, en el dominio de lo inmediato, del instante, sin las perspectivas de la evolución, sin sospechar las correlaciones entre causa y efecto. Hasta que llegó el momento de la **interiorización**, como un relámpago que ilumina de repente la boca de una caverna profunda, interminablemente profunda... Y comprendí al fin que gran parte de las obligaciones durante la infancia, en apariencia arbitrarias y opresivas, no resultan del mero placer de ejercitar la autoridad paterna, sino de las realidades de la vida familiar y social. Ellas eran para mi propio bien. En aquella edad no sabía todavía imponérmelas solo, sin la coacción de los mayores.

Ahora, hijo, cuando tú también has llegado a la edad que tenía yo mismo en aquel entonces, te digo igualmente — y demasiado a menudo — lo que me decía mi padre en circunstancias parecidas:

— ¿Crees que me engañas? ¡Te engañas a ti mismo!

¿Por qué no comprenderías más temprano esta verdad que resulta de la experiencia de la vida? ¿Por qué no aprovecharías esta experiencia mía, tan laboriosa, para evitar tantas pruebas penosas o vanas? Cada generación repite, fatalmente, la experiencia de la que le antecede. ¡Ella hereda tantas cosas! Cultura, técnica, ciencia, riquezas, arte, espiritualidad, pero también lo que es contrario a todas estas cosas. Ella podría ahorrarse muchos sufrimientos — los desengaños, las miserias y las derrotas — si aceptase, antes que todo, **con plena confianza y libertad**, el consejo de los que la precedieron en la gran lucha de la vida. Pues es muy doloroso, y tremendamente inútil, convencernos demasiado tarde de que la experiencia de los «viejos» no debe ser menospreciada, rechazada o ignorada con ese descaro juvenil que cree tener ante sí el mundo entero y la eternidad pletórica de encantadoras ilusiones...

LA VIDA Y LOS LIBROS

En la lucha por la igualdad

por V. MUÑOZ

EN mi correo de hoy encuentro la gratísima sorpresa de un libro admirable, titulado en inglés *In The Struggle for Equality* (En la lucha por la Libertad), siendo su autor el veterano compañero ruso israelita Boris Yelensky. Fue editado por el «Fondo de Ayuda Alejandro Berkman» en la ciudad de Chicago, hace exactamente diez años (1958).

En 1969, Boris Yelensky será octogenario y representa uno de los poquísimos compañeros que quedan de aquella admirable «vieja guardia» rusa que produjo figuras tan prominentes como Alejandro Berkman, Emma Goldman, A. Shapiro, G. P. Maximoff, Vsevolod Eichenbaum (Volin), Joseph Cohen, Nestor Makno, etc. Al igual que Volin, el compañero Yelensky, escribió también una historia de la Revolución Rusa, pero dificultades de índole económica motivaron que no pudiera publicarse en idioma inglés. Volin tuvo más suerte, pues además de *La Revolución Desconocida* (traducida al francés y al español) pudo publicarse en inglés asimismo, su otra gran obra *Mil Novecientos Diecisiete o la Revolución Rusa Traicionada*. En 1965, la revista neoyorkina *Towards Anarchism* (Hacia el Anarquismo), en su n.º 50, hacía un llamamiento para publicar la obra inédita de Yelenski: «Nuestro compañero ha escrito un libro en yiddish basado en sus experiencias personales del movimiento anarquista ruso durante la Revolución Rusa antes y después del golpe de Estado bolchevique». Bien es verdad que Yelensky, ha publicado a mimeógrafo doce hermosas páginas en 1968 sobre aquella importante gesta, titulándolas «Un Hermoso Sueño», que, en síntesis, debe compendiar su gran obra referida, y que ha tenido a bien regalar a todos sus compañeros y amigos.

Este libro que vamos a reseñar si bien en parte trata de la Revolución Rusa, en realidad, se refiere a la **Cruz Roja Anarquista**, que tal es, además, su subtítulo. En él se relata a una institución y a un hombre que dedicaron su vida a ayudar a los compañeros libertarios encarcelados en las ergástulas del capitalismo en diferentes países, consistiendo la ayuda principalmente en dinero y alimentos. Yelensky dedica principalmente su libro «a los que lucharon por la libertad, el humanismo y la justicia; y a quienes se dedicaron a ayudar a estos luchadores, aplicando el principio del apoyo mu-

tuo». Se compone el libro de una introducción por el Comité de Publicaciones, un prefacio del autor, diez capítulos y un apéndice. Consta de 96 páginas muy bien presentadas, excelente papel, encuadernación en pasta y un forro de cartulina celeste en cuyo reverso vemos anunciadas dos importantes obras libertarias, cuya traducción damos en párrafo aparte.

«Por la primera vez en inglés *The Teachings of Michael Bakunin*. De los cinco volúmenes de Miguel Bakunin, G. P. Maximoff, redactó y compiló escritos del fundador del anarquismo científico en un libro de más de 500 páginas. Maximoff era el estudioso mundial más sobresaliente sobre la filosofía de Bakunin». Luego esta obra del propio Maximoff: *The Guillotine at Work*, Veinte Años de Terror en la Rusia de los Soviets, por G. P. Maximoff. Es éste un gran libro de historia, 627 páginas llenas de documental evidencia. Privadamente publicado en 1940, sigue siendo irrefutable». Tanto *Las Enseñanzas de Bakunin* como *La Guillotina Trabajando* fueron dos libros publicados por el «Comité Maximoff de Publicaciones». G. P. Maximoff murió el 16 de marzo de 1950.

Volviendo al libro de Yelensky, los editores lo han publicado porque creyeron «que la historia de la Cruz Roja Anarquista debe ser narrada». Más abajo añaden: «podemos darnos por satisfechos en que el historiador sea a la vez el más prominente de los actores», debido a que, «en casi cincuenta años dedicó todas sus energías al movimiento de salvación y ayuda hacia aquéllos que sufrieron en manos de los tiranos en muchas partes del mundo». Veamos aun lo que sobre el autor nos dicen los editores: «Nació en el Cáucaso y sus antepasados eran judíos (...) vino a los Estados Unidos de América del Norte siendo un jovenzuelo (...). En Filadelfia fue un miembro muy activo de la Biblioteca Radical (...) recibió su educación social de Cohen». Joseph Cohen, también de ascendencia judía vino de Rusia en 1903 al mismo país y ayudó a Hyman Weinberg y otros compañeros en la fundación de la importante institución conocida como **Philadelphia Radical Library** (Biblioteca Radical de Filadelfia). Cohen escribió y vio publicada su importantísima obra *The Jewish Anarchist Movement in America* (El Movimiento Judío en América). Fue el principal animador de la importante colonia libertaria israelita.

lita Sunrise (Amanecer). Nacido en 1878 en una pequeña aldea judía de la Rusia Blanca, murió el 28 de septiembre de 1953.

Digamos aun que Yelensky regresó a Rusia al estallar la Revolución Rusa de marzo de 1917. En el ya referido **Un Hermoso Sueño** empieza así: «A la mitad de julio de 1917 llegamos a la frontera este de Rusia. Luego tuvimos que atravesar una parte de Manchuria, toda Siberia, una parte de Rusia Central, y luego Ucrania, hasta las orillas del mar Negro». Aunque en este importante escrito no relata cómo y con quién llegó a Rusia, el lector atento de su libro, se da cuenta que fue uno de los viajeros que atravesaron toda Norteamérica hasta el puerto de Vancouver, y de aquí se embarcaron hasta el Japón, llegando a Rusia vía Corea. Atravesó el Pacífico con el compañero Volín (residente a la sazón en América) a bordo del vapor de pasajeros **Empress of Asia**. Durante la travesía Volín dio una serie de conferencias sobre la Revolución Rusa. Igual que Volín, Emma Goldman, Alejandro Berkman y tantos otros, retornó de Rusia a occidente al apoderarse del poder los bolcheviques e instaurar una nueva tiranía estatal.

En el prefacio Yelensky nos advierte que hizo su obra «no en pos de la gloria, sino porque creía en el Apoyo Mutuo». En el primer capítulo: **El Siglo Diecinueve** nos dice que toda sería consideración de cualquier aspecto de la Revolución Rusa debe empezar por los **Decembristas**. Luego detalla al movimiento **Narodniki** (estudiantes e intelectuales que fueron «hacia el pueblo»), para finalmente llegar al movimiento de acción llamado **Narodnaya Volya**. De aquí surgió el partido social-revolucionario ruso y, nos relata Yelensky: «el grupo **Tierra y Libertad**, que estaba fuertemente influenciado por las enseñanzas libertarias de Bakunin». El anarquismo según Yelensky apareció en Rusia a partir de 1880 debido a las enseñanzas de Bakunin y Kropotkin.

Debido a que en la revolución rusa de 1905, muchos libertarios fueron encarcelados o deportados a Siberia, Yelensky se interesó para ver si en América se podría hacer algo así como una Cruz Roja Anarquista, la cual existía ya en Inglaterra, cual en una carta (2 de junio de 1956) Rudolf Rocker se lo dijo al autor: «La Cruz Roja Anarquista fue fundada en el turbulento período entre 1900 y 1905». El mismo Rocker fue secretario y tesorero de la misma durante numerosos años. De manera que la Cruz Roja Anarquista Americana fue fundada en Nueva York el año 1907, siendo sus principales promotores H. Weinstein y J. Katzenelenbogen. El autor empezó a colaborar en ella a partir de 1911, en Filadelfia. Este libro, pues, es la hermosa historia de la misma, sobre todo en el período que va desde 1908 a 1917 en que hubo cuantiosa ayuda hacia Rusia.

Esta institución anarquista no tuvo necesidad de coleccionar dinero entre los compañeros, aunque hubo importantes donaciones. Anualmente en diversas ciudades de Estados Unidos se organizaban típicas danzas y bailes rusos: «Arestantin Ball» (Baile de los prisioneros) y «Bouren Ball» (Baile de los campesinos), entre la población rusa emigrada o exilada

que era muy numerosa. Debido a la finalidad humanitaria de los organizadores y a la generosidad y solidaridad de los rusos, se recogían cuantiosos fondos. La sección que más se destacó fue la Cruz Roja Anarquista de Chicago, que llegó a ser por sí misma una energética organización. La Cruz Roja Anarquista Americana se disolvió cuando en Rusia estalló la revolución de 1917, en el período Kerensky y ante la abdicación del zar Nicolás y terminarse la dinastía de los Romanoff, puesto que como se ha dicho más arriba, el mismo Yelensky y otros rusos retornaron al país de origen, creyendo que al liberarse a todos los prisioneros y deportados no habría ya más necesidad de una ayuda como la realizada hasta entonces.

Sin embargo, lo que ocurrió más tarde y que ya es de dominio público, la tiranía bolchevique hizo ver claro que se necesitaría en el futuro una Cruz Roja Anarquista «duplicada». La Cheka empezó a detener en masa a los miembros del partido socialista ruso de izquierda (hasta el punto que uno de sus miembros, Dora Kaplan, atentó contra Lenin, siguiendo la tradición de la «Narodnaya Volya») y a los anarquistas no se les dejó de lado: «pues en abril de 1918, enviaron gente armada contra la imprenta del periódico moscovita «Anarquía» y a la casa adjunta donde los anarquistas se reunían. Más tarde, en Leningrado y en las provincias, detuvieron a muchos anarquistas y las prisiones rusas se empezaron a llenar de nuevo con muchos prisioneros políticos.» Esto fue la iniciación de una vasta represión, hasta el punto que cuando al final de 1921, en el Congreso Anarcosindicalista Internacional que tuvo lugar en Berlín, los rusos que pudieron escapar hicieron un llamamiento a sus compañeros de otras naciones, para ayudar a sus compañeros presos en las cárceles bolcheviques, entre las que cabe destacar a la prisión Taganka de Moscú. En este llamamiento firmado por Alejandro Berkman, se puede leer: «Habiendo dejado ahora a Rusia, nos damos cuenta de que nuestros primeros y más necesarios informes deben ser hechos en favor de los prisioneros políticos de Rusia. Triste y descorazonador comentario sobre la marcha de los asuntos en Rusia es el tener que hablar sobre prisioneros políticos en el país de la revolución social. Desgraciadamente, tal es el actual estado de las cosas.»

De modo que la Cruz Roja Anarquista tuvo que reorganizarse de nuevo en los Estados Unidos, y no solamente por los prisioneros en Rusia, sino por los mismos encarcelados en dicho país debido a los tristemente célebres «Palmer Raids» (el reino del terror en los Estados Unidos debido a la brutal represión del ministro de Justicia Palmer). Histeria que se apoderó de las clase gobernante de dicho país y que abarcó el período de 1918 a 1924. Muchos anarquistas cayeron entonces entre las redes de Palmer y fueron encarcelados. Yelensky y sus amigos lograron hacer resurgir a la Cruz Roja Anarquista pero con el nombre de Comité de Defensa de los Prisioneros Políticos, el cual surgió en agosto de 1918, siendo uno de sus activos miembros Hilda Kovner.

A medida que pasaba el tiempo, los prisioneros libertarios en Rusia fueron asesinados en sucesivas purgas, cual pudo relatar un evadido: «por él supimos que todos los prisioneros anarquistas en Rusia habían desaparecido y que nadie sabía cuándo o dónde habían muerto en manos de las brutales fuerzas del socialismo de Estado». A la muerte de Alejandro Berkman en Francia (junio de 1936) la organización de ayuda, en honor suyo, se llamó en lo sucesivo «Fondo de Ayuda Alejandro Berkman», y al estallar en julio del mismo año, la revolución española, ayudó a Maximiliano Olay en Estados Unidos en favor del anarquismo español. También empezó a coleccionar «fondos para asistir a los españoles que pudieran necesitarlos como resultado de la guerra civil». Cuando llegó 1939 y la retirada hacia Francia, «continuamos nuestro trabajo coleccionando fondos para ayudar a los españoles refugiados y en esta tarea colaboramos con la S. I. A.». Se reproduce en el libro una carta desde Maseube (Francia) y firmada por E. Fernández Negrete, delegado de la Federación Local del Movimiento Libertario Español, acusando recibo de numerosos paquetes con ropa para los internados en un campo de concentración cercano. Por supuesto, a la sazón eran tantas las necesidades que los fondos aludidos representaban una gota de agua en el océano, teniendo en cuenta que ya no se recolectaba tanto como en los buenos tiempos de la Cruz Roja Anarquista, antes de la revolución rusa y, teniendo en cuenta además, que había que canalizar cuantiosa

ayuda hacia los campos de concentración nazis en Alemania y países limítrofes.

Llegamos así al final de este pequeño gran libro, donde Yelensky reconoce que ahora estamos pasando por un período conservador difícil para todos los luchadores. La disminución general de nuestros fondos no es debida a la falta de medios financieros, como pensamos que nuestros esfuerzos han sido más débiles, o menores nuestras necesidades. Mientras esperamos el retorno de condiciones más favorables, puede haber llegado el tiempo para repensar en las necesidades y oportunidades de los trabajadores, en nuestra misión y en nuestras tácticas. Pueda la declinación del programa en el pasado emprender nueva ruta para un nuevo y unido movimiento de mayor visión, libertad y vigor».

Quien dio la idea a Boris Yelensky para que escribiera este libro fue un compañero español: «Me agradaría reconocer mi gratitud hacia Martín Gudell, quien sugirió que escribiera este libro», siendo ayudado en su redacción por otros compañeros y posibilitando principalmente los compañeros de Filadelfia con sus aportes económicos el que llegara a publicarse. Y para terminar, dejemos la palabra al mismo Boris Yelensky: «Ahora que nuestra generación va desapareciendo, y que la lucha por la libertad, el humanismo y la justicia aún sigue perenne, espero que los que reemprendan este trabajo, continúen con las hermosas tradiciones de imparcialidad y justicia hacia todos cuantos necesitan ayuda».

La memoria histórica

Las pobres bestias se encuentran cada mañana con que han olvidado casi todo lo que han vivido el día anterior, y su intelecto tiene que trabajar sobre el mismo material de experiencias. Parejamente, el tigre de hoy es idéntico al de hace seis mil años, porque cada tigre tiene que empezar de nuevo a ser tigre, como si no hubiese habido antes ninguno. El hombre, en cambio, merced a su poder de recordar, acumula su propio pasado, lo posee y lo aprovecha. El hombre no es nunca un primer hombre: comienza desde luego a existir sobre cierta altitud del pretérito amontonado. Este es el tesoro único del hombre, su privilegio y su señal. Y la riqueza menos de ese tesoro consiste en lo que de él parezca acertado y digno de conservarse. No: lo importante es la memoria de los errores, la larga experiencia vital decantada gota a gota en milenios. Por eso Nietzsche define el hombre superior como el ser «de la más larga memoria». «Romper la continuidad con el pasado, querer comenzar de nuevo, es aspirar a descender y plagiar al orangután.» Me complace que fuera un francés quien hacia 1860 se atreviese a clamar: «la continuité est un droit de l'homme; elle est un hommage à tout ce qui le distingue de la bête».

ORTEGA Y GASSET

DOS ESTADOS

Juventud y madurez

por MOISES MARTIN

SE ha repetido hasta la saciedad que la juventud y la vejez son antitéticas, repelentes. Que tanto por su materia como por su espíritu son dos estados opuestos del individuo, dos naturalezas distintas. Cabe preguntar a un mismo individuo sin desfigurar completamente su personalidad, si puede pasar por estos estados que son más que dos polos de un mismo cuerpo. Dicho de otra manera: cabe suponer si un individuo puede atravesar estos dos estados sin que su personalidad se descomponga. Por encima de todas las afinidades existe la de la edad; la sujeta al tiempo. La naturaleza ancla al individuo por esa ley férrea de los períodos de su vida.

SI es republicano, pensará no como un joven republicano, sino como un viejo si es anciano. Si es joven, pensará y obrará como un joven; inconscientemente si es inconsciente, liberal si es liberal, conservador si es conservador, libertario si es libertario. Si piensa y obra como un viejo será una madurez prematura, un caso fenomenal, excepcional.

Todo separa al hombre durante estos dos estados. Los pensamientos, los proyectos, los sentimientos, las inclinaciones, etc., etc. Con el cambio físico y moral sigue todo el cortejo de accesorios vitales, toda la trailla de resortes humanos adecuados a la edad. Es, en suma, el ropaje y el decorado especial de la vida en cuya fase se halla el sujeto.

El joven presume de sus energías y el anciano se esfuerza en economizarlas. El joven mira lejos en el porvenir y el viejo otea casi siempre el pasado.

El primero siente una eternidad ante él; el segundo cree siempre oír las puertas de su existencia cerrarse ante sus pasos.

El joven obra según un empirismo bravío e inconsciente, mientras el viejo pulsa su experiencia, tanea el terreno, mira la brújula del norte de su pasada vida, quiere pisar en firme; sabe

que avanzar no es caracolear ni zigzaguar, como una liebre, ni traicionar como un zorro jovenzuelo que comienza a hacer sus primeros pinitos en el campo de la existencia.

Es indudable que el viejo inconsciente o timorato de ideales es presa de demasiada torpeza y frena constantemente su carro del progreso, como si temiese llevarse a la tumba el término de la evolución. Es avaro del presente y teme que el porvenir aniquile todo lo existente.

Pero el anciano consciente es un piloto seguro para llevar la nave hacia el puerto de salvación. Se ríe benévolo de la ilusión espumosa del joven. Se hace escéptico, generalmente, porque su voluntad es adoquinada con pavés de decepción y con cemento de amargura.

Demasiadas veces la juventud juzga la prudencia y la *sagesse* de los militantes ancianos como una abdicación de su ideario, y la vejez, que es la que política y económicamente domina al mundo y la que se abroga la ilegítima misión de juzgar los actos de los dominados se olvida siempre que ella también fue juventud bulliciosa, discol y vehemente en sus fallos contra el delito legal y humano de los jóvenes que son los

que forman el grueso de la delincuencia política y común.

«¡Si juventud supiera!»

«¡Si vejez pudiera!»

He aquí la exclamación que completa todo un deseo de realización y que describe toda la diferencia de estos dos estados de la humanidad. La vida es corta para aprender, y la vejez, que sabe ya algo, no puede, y la juventud, que puede, no sabe aun, y así la obra es lenta, lenta, desesperadamente lenta.

Y llega la muerte, que pone remate a la sabiduría, y el nacimiento del nuevo ser, que es un pergamino en blanco.

¡Ah! Si la cabeza de la vejez pudiese dirigir los brazos y las piernas de la juventud. Mas ¡ay! los brazos boxean y las piernas patean el ball y la pobre cabeza de los viejos se tambalea de desesperación.

Lo esencial es reconocer que no habría progreso sin el nacimiento renovado, sin el crecimiento constante, sin el sólido y jugoso fruto que es la madurez. Lo cierto es que sin una evolución incesante de todo lo que existe pronto se estancaría todo el progreso. Caerían los hombres en la rutina. La sociedad estaría estancada como las aguas muer-

tas. Todo sería una estabilidad completa, un campo de desolación y muerte.

Entre los jóvenes y viejos hay la edad intermedia. Esa generación que tiene el encanto de la juventud ya cuajada y la reflexiva vitalidad del viejo.

Si los hombres pudiesen quedar así, serían los verdaderos prototipos de la vida. Pero todo tiene su cometido, su misión. Los dos polos son la juventud que nace y la vejez que se prepara para iniciar el camino eterno. De ahí que la vida sea un continuo tejer y destejer. Ir y venir de los hombres y las cosas. Por eso el ser humano está llamado a cometer siempre parejos o idénticos errores. Sólo se equivoca el que trabaja. Y en definitiva acierta el que está en la fija y da en el clavo.

Ocurre muchas veces lo del burro flautista, que suena la flauta por casualidad. Mas el hecho es que suena y que suene bien.

Ya lo dijo el clásico, lleno de buen tino y honda prudencia:

«errar lo menos, no importa,
«si acertó en lo principal.»

Si en lo decisivo llegamos a entendernos y hacernos comprender, ya es algo. Una cosa es cierta y a ella nos atenemos. El hombre va dejando posos de su buena condición y verdades que no se las lleva el viento.

Como humanos que somos estamos expuestos a error, mas si en las ideas redondas y generosas damos en la diana, no es poca la satisfacción que nos llena de alegría el hueco del recuerdo.

«Se tiene muy poco en cuenta el hecho de que cada día mueran hombres y que nazcan otros diferentes, por pequeña que la diferencia sea, de los que viven y de los que han muerto», dice el pensador.

No nos dejemos llevar por la gigantomanía.

La historia la hacen todos los hombres, los jóvenes y los de edad intermedia, y los viejos. Unos ponen su energía, otros su fuerza controlada, y los terceros su sabiduría. Los hombres, grandes o chicos, son necesarios a la obra social que mueve nuestros pasos.

Por eso en el campo libertario

no se puede establecer pugnas de edad, propias de los ejércitos que tienen sus quintos, sus oficiales y sus mandos supremos...

Hagamos cada día hombres nuevos. Ellos se encargarán de dar marcha a las cosas. Y los otros tienen el deber de no llevar el coche por caminos de perdición. Siempre es bueno que haya unos que empujen a los otros. Nadie da lo que no tiene. La juventud da lo que posee y la vejez los tesoros que ha conquistado pacientemente. No son los hombres usados los que pueden dar energía a los nuevos. Ni son los recién venidos los que pueden decir esta es la verdad y el buen camino. Se trata, pues, de comprender la vida y embellecerla.

Hay que educar a los hombres para forjar un mundo nuevo. Reunamos los materiales más firmes y consistentes, más sanos, para levantar la nueva creación. En esta obra colosal, la juventud y la vejez pueden marchar, una vez más unidas, orientadas por el equilibrio de esa generación intermedia que es el centro y la fuerza del hombre.

La paz del mundo

LA paz del mundo significa revolución completa. Es una fase de la vida humana que puede llevar a un nuevo método de vida para nuestra especie, o bien a una larga o más breve caída en la violencia, en la miseria, en la destrucción, en la muerte y extinción de la humanidad. No estoy empleando aquí simples frases retóricas: siento y pienso exactamente lo que digo. La desastrosa extinción de la humanidad. Tal es lo que nos espera, tal es el problema que tenemos ante nosotros. No es un pequeño problema de salón político lo que hemos de considerar. Mientras escribo, en este momento, millares y millares de hom-

bres son muertos, heridos, cazados, maltratados, atormentados, arrojados a las más intolerable y desesperada ansiedad y destruidos moral y mentalmente, y nada se ve actualmente que pueda detener la expansión de ese proceso y evitar que nos alcance y alcance a todos los nuestros. Se aproxima a gran velocidad. Plenamente, en cuanto somos criaturas capaces de previsión racional, lo que nos corresponde es hacer de este problema de la paz mundial el interés y objetivo dominante de nuestra vida. Si huimos, nos perseguirá y nos alcanzará. Tenemos que enfrentarle. Tan imperativo y tan amplio es.

Herbert G. Wells

En torno a la obra de Albert Camus

por J. SEVILLA

Al compañero M. Celma, que en Toulouse ha disertado con acierto sobre el humanismo y el hispanismo de Albert Camus.

LOS anarquistas españoles debíamos este homenaje a Camus. Doble homenaje, porque como idealista, sus conceptos de interpretación de los problemas humanos, son muy semejantes a los nuestros, y en lo divino, en la endiosada divinidad religiosa, Camus refutaba el dogma y buscaba al hombre bueno, santo sin el socorro de Dios. Es decir, buscaba una santidad en el hombre sin Dios y sin santos, equivalente a una humanidad libre sin temor a ese Dios de todas las religiones, y sin preocupación de poseer una vida eterna y la resurrección el último día.

Estos conceptos guardan equivalencia a nuestro modo de pensar y ser, y sobre todo, a esa su forma de pensar y escribir poniendo de manifiesto la cadena de valores de los hombres superiores, sin la cual un mundo no vale la pena de ser vivido, y sin esa cadena de valores, un hombre no puede ser respetado a pesar de ese inspirado temor a Dios.

Para Camus, el Dios del Universo es el hombre. En él fija todo su interés como escritor y como pensador; y por eso encontramos entre Riux y su amigo Tarrou en «La Peste», este edificante diálogo: «En fin — dice Tarrou con simplicidad — lo que me interesa es saber cómo se hace un santo». — «Pero usted no cree en Dios?», responde Rieux. — «Justamente — contesta Tarrou. «Podemos ser santos sin Dios, es sólo el problema concreto que yo conozco hoy. Lo que me interesa es de ser un hombre.»

Ser un hombre, ser un valor humano dentro del ideal, de la libertad, de la conciencia y del deber de servir las buenas cosas, las acciones bellas y la razón ¿Se puede buscar parentesco de afinidad más paralelo a nuestro ideal? Y este parentesco de afinidad, este buscar y rebuscar al hombre santo y bueno sin Dios, nos es más grato a los españoles porque quizás somos los que, con más tesón hemos de debatirnos contra la sinrazón mantenida por el Vaticano y llevada a la práctica inquisitorialmente y con absolutismo por la Iglesia española, campeona de la cruz, del estandarte de Santiago y de la inmaculada Concepción.

Camus, en toda su obra, desde «La Peste» a «El mito de Sísifo», es el romántico del amor y de la felicidad humana. La felicidad para él, está liada

al amor, y es por eso que el tema del amor y de la amistad es el sol invisible que esclarece toda su obra.

Ese amor a la humanidad que se despertó en él muy joven, que fue creciendo a medida que la ingratitud de los hombres ponían más y más obstáculos al libre pensamiento, explotando el slogan de la guerra como una necesidad histórica, la opresión de las naciones libres como una necesidad política, la enorme uniformidad del partido único para la nueva especulación del Estado capitalista y la eliminación de todos los hombres que no se sometían a los caprichos absurdos y horripilantes de los tiranos.

Por eso dijo ¡no! al nazismo; dijo ¡no! al Estado francés de Pétain; dijo ¡no! a la dictadura criminal de Franco; dijo ¡no! a toda injusticia, y su obra está impregnada de ese humanismo y ese amor indisociables en él. Y es que Camus, que era muy sensible a la convivencia humana, lo era también a las singulares circunstancias que han envuelto a su generación, la generación que empieza en 1913, que él mismo describe como un pésimo fardo histórico.

«Unos hombres nacidos — dice Camus — con la Primera Guerra Mundial; que a los veinte años se hallaron con la llegada al Poder del movimiento hitleriano, y que para redondear su educación se enfrentaron con la guerra de España, con la Segunda Guerra Mundial, con los campos de concentración, con la Europa de las torturas y las cárceles, y que han de modelar a sus hijos y a sus obras en un mundo amenazado por la destrucción nuclear, nadie puede decirles que sean optimistas.»

Mantúvose toda su vida con ese triste panorama grabado en su corazón; este triste panorama y el otro más triste aún de su infancia como argelino, mezclado de dos razas y nacido en una pequeña localidad de la región cabileña que le ofreció múltiples rasgos ajenos al hombre de letras francés.

Esta condición biográfica de Camus debiera tenerse muy en cuenta, como así es importante estudiar su condición biológica, puesto que, no siendo enteramente francés, ni por su origen familiar ni geográfico, sus gustos e inclinaciones fueran hispanistas, rusófilas (no comunistas), y sindicalistas. Era aun más que eso; era una flor exótica creciendo en el páramo argelino que depasó a los dos millones y medio de arbustos europeos; de las pocas que dá la generación humana para esparcir ese aroma tamizado de amor hacia la humanidad.

Sintió la vocación de ser escritor en el mundo ac-

tual, después de haber pasado por los escenarios de la farándula como artista, y de haber escrito algunas obras teatrales, y lo hizo, para ser justo, lanzando a su generación, (a la generación de los hombres que piensan y sienten), la consigna de la lucha por la razón, el amor y la justicia.

«Cada generación — escribió —, se cree sin vacilación llamada a rehacer el mundo. La mía, sin embargo, sabe que ella no puede rehacerlo. Pero su quehacer es, quizás más grande; y consiste en impedir que el mundo se deshaga. Heredera de una historia corrompida en que se mezclan las revoluciones francesas, técnicas enloquecidas, dioses muertos e ideologías exhaustas, en la que mediocres poderes pueden destruirlo todo, pero no saben ya vencer; en la que la inteligencia se ha rebajado a servir al odio y la opresión, esta generación ha debido, en ella misma y en torno a sí, restaurar, a partir de meras negaciones, algo de lo que confiere dignidad a una vida y a una muerte.»

La idea para él de que nos acercamos al final del viaje humano, al final de la civilización humana a consecuencia del desarrollo científico, le exacerbaba. Y tomaba como ejemplo en su desesperación, por la suerte de la libertad, a las juventudes húngaras, a la España exiliada, a las juventudes francesas no maleadas; «la de todos los países, — decía — como prueba de que no es así, y que nada abate ni abatirá jamás esta fuerza violenta y pura que impulsa a los hombres y a los pueblos a reivindicar el honor de vivir de pie».

Alberto Camus, premio Nobel de literatura 1957

Así llegamos al año 1957, con el escritor íntegro en su forma y puro en su estilo, viéndolo Francia encumbrarse y hacerse hueco entre los escritores más renombrados; sin doblez, sin apartar su pluma del camino espinoso de la verdad y la justicia, por el hombre libre dentro de un mundo libre.

El premio Nobel le sorprende en su íntima simplicidad como algo grande, sobrehumano e inmerecido para él que, no aceptó el escribir libros ni artículos gracia a los fondos del plan Marshal.

La crítica se amontona en periódicos y revistas por y contra la obra literaria de Camus. Salen a relucir las pequeñas miserias humanas, las torpezas y contradicciones de lo común de todos los hombres, pero ya no le acusan a Camus de «policía», cuando la ruptura colaboracionista entre él y Sartre, en la época feliz de los coqueteos de Sartre con los estalinianos.

«L'Humanité», escribe sin injurias, o por lo menos, sin mentiras estas frases ensalzando la figura de Camus. «Filósofo del mito de la libertad abstracta». Y en «Temps Modernes», se decía: «La obra de Camus se caracteriza... por un anticomunismo tenaz, traducido con una perfecta claridad, una gran fuerza; y representa la angustia del intelectual que, después de haber unido su suerte a la de una clase condenada, cree o finge creer que el humanismo, su propia razón de ser de intelectual, está también condenado a muerte. La obra de Camus, himno a la

rebelión estéril, es asimismo el grito de desesperación de un mundo condenado.»

Así por el estilo, el premio Nobel otorgado a Camus, fue mal acogido en los medios intelectuales de París. Esos medios intelectuales que critican y censuran singularmente a los que valen o atemorizan.

Se comprende muy bien todo ello porque Camus, solitario, sencillo, noble y honrado escribiendo y en su comportamiento social, no frecuentaba las recepciones parisinas ni las reuniones del Marqués de Cuevas, y cuando asistía a un «estreno», no suministraba a los periodistas las frases felices que luego revendían a trescientos francos la línea. Pero Camus, aun no siendo una personalidad parisiense, tenía por el mundo entero esparcido varios cientos de miles de admiradores. Así que, la baba que los escritores de toda clase y tendencias, las plumas a tanto la línea y las vendidas al totalitarismo, a la especulación y a la inconsciencia moderna, de esos que creen que la pluma no es ni más ni menos que un medio para medrar, no salpicaron el rostro sereno de Camus ni el de los hombres que allá en la Academia de Suecia, administran la fortuna de Alfredo Nobel.

Hasta en lo político, y sin que Camus figure en nada ni para nada en la tragedia horripilante que se desencadenó en Argelia, un redactor anónimo de «Carrefour», se inquietaba ante la idea de que, al coronar a Camus más bien que a Malraux, la Academia de Suecia «ha preferido un partidario de las soluciones llamadas liberales en Argelia a un partidario de la Argelia francesa».

El único periódico que explicó clara y sencillamente el valor de Camus para recibir tal ofrenda, fue el semanario «Le Canard Enchaîné», bajo la pluma de Morvan Lebesque que decía así: «Sí. Camus es francés y escribe en francés, y es Francia, en persona, quien recibe el Premio Nobel. Y sin embargo, Camus está solo, doblemente solo, y él solo es como una patria. En primer lugar, por el hecho de haber nacido en Argelia, y después, porque todos los valores que invoca se ven hoy sacrificados por la violencia.»

La violencia mundial y la de Europa, sí; ya que es aquí en Europa donde comienza a surgir la derrota de la civilización mundial, el declive del hombre libre huido hoy al carro de la ciencia, (rata experimental) esclavizado al mandato del materialismo, uniforme a la vida política que se avecina y reducido a pieza de recambio por el mecanismo moderno.

Camus encajó en su conciencia este declinar humano y se enfrentó contra toda obra que no fuese examinada al amor y a la libertad. He ahí su premio Nobel que disputó (sin esperarlo) a Malraux y a Alfonso Reyes el mexicano.

..

Camus, como todos los hombres de letras, mantenía una tertulia en París. Desde tiempos remotos, ha sido costumbre en la villa «lumiére» las reuniones de literatos, filósofos y artistas en casas parti-

culares. Eran famosas las reuniones en París en el siglo XVIII, en las que primaba el elemento femenino, y a las que asistían literatos o filósofos ensotanados, sacerdotes y curas liberalotes que gustaban de estas reuniones manteniendo el fervor contradictorio sobre temas metafísicos o religiosos que con frecuencia surgían.

Estas reuniones han seguido su norma costumbrista, y como es normal también, la asidua concurrencia de curas liberales y demócratas.

Camus sigue la tradición, mas esta vez, es en casa de Gaston Gallimard y en circunstancias no tranquilizadoras debido al período que atravesaba Francia con la ocupación alemana y el gobierno de Pétain, puesto que la cárcel, la tortura o la muerte se hallaban entre paréntesis en el programa de cada día. Sin embargo, estas tertulias tenían lugar con la asistencia — como no —, del reverendo Padre Bruckberger, otro liberalote de la época difícil y peligrosa.

En estas reuniones a las cuales asistía Bruckberger, Camus era el diablo tentador de todas las conversaciones. Sin embargo, para el reverendo Padre, Camus era la imagen radiante del amor, la simplicidad y el convencimiento profundo de encontrar siempre el bien sin la ayuda ni el temor de Dios.

En aquellas horas, días, meses y años de angustia, de terror y de muerte que se cernía por toda Europa, de 1940 a 1945, de aquel grupo de escritores, periodistas y hombres libres que se reunían en casa del impresor Gallimard, surgió el diario «Combat».

Dejó la colaboración teatral, para dedicarse de lleno y con todas sus fuerzas a la resistencia en 1942. Una vez en marcha el diario «Combat» fundado por las fuerzas de la resistencia, Camus desempeñó un papel predominante, colaborando en él con espíritus tan heterogéneos y singulares como Bernanos, Malraux, Raymond Aron y Sartre.

Camus que aparecía constantemente con el cigarrillo pegado al labio inferior, contaba apenas treinta años en aquella época, pero ya reinaba sobre esta familia, (que no debía permanecer unida mucho tiempo) con una autoridad natural, dirigiendo el periódico con el mismo conocimiento del «oficio» de que daba pruebas en el teatro. La Editorial Gallimard, era el centro de reunión de estos resistentes, en la que, — como antes he dejado dicho — no faltaba el demócrata, Padre Bruckberger.

Cuenta Bruckberger, que un día, Camus, entra en su despacho, y a quema ropa, de la misma manera que un redactor jefe asigna a cada cual su tarea, le dijo: «Ahora, lo que los cristianos tienen que hacer es explicar el problema del mal». Otro día que yo le decía — continúa el dominicano — un poco tontamente: «Lástima que Pascal, el autor de las «Provinciales», no haya sido dominicano... Camus me contestó de modo súbito: «Si hubiese sido dominicano, jamás hubiera sido Pascal.»

En este grupo de intelectuales, gustaba mucho los libros de Bernanos, muy principalmente, «Los grandes cementerios bajo la Luna». Cuando se publicó «La Peste», Camus envió un ejemplar a Bernanos con la siguiente dedicatoria: «A Bernanos, que nos ha vuelto a enseñar el honor».

Cuando Bernanos regresó del Brasil, en 1946, — continúa diciendo Bruckberger — preparé en casa de Miguel Gallimard el encuentro Bernanos con Camus. Al hallarse frente a hombres de una generación posterior a la suya, que salía de la horrible experiencia de la ocupación, Bernanos disimulaba bajo un incansable raudal de palabras el complejo de inferioridad de no haber participado en ella. No hizo pregunta alguna. Nos habló del Brasil, de sus paisajes, de la fauna y de la flora. Camus no tuvo ocasión de decir más que dos frases, una al principio y otra al final de ese monólogo: «Buenos días señor Bernanos, y adiós, señor Bernanos.» Me parece que nunca más volvieron a verse.»

Es natural que no volvieran a verse. Es que se habían enfrentado la veleidad y la hombría; la doblez y la intransigencia, Camus era de los que no se doblan, detestando lo veleidoso y lo transigente, y amaba la intransigencia. El aire que respiraba, era puro, sin mezcla de perfumes veleidosos.

..

Fue en el teatro actor, director de escena, dramaturgo, comediógrafo y traductor. Conoció el mundo de la dramaturgia, trabajando en pobres compañías ambulantes que llegaron a ser imprescindibles para él. Llevó a la escena obras de Calderón de la Barca, de Lope de Vega y otros españoles, y trabajó durante años en la adaptación teatral de «Los endemoniados» de Dostyewski, que también escenificó él mismo. Actores como Gérard Philipe (fallecido), María Casares y Catalina Sellers, deben mucho a la resuelta protección de Camus.

Dice François Bondy: «Camus era feliz en el teatro. Más feliz que en la mesa de trabajo porque, actores y tramoyistas, y su colaboración con escenógrafos, le parecía el dichoso anticipo de lo que puede llegar a ser la cooperación de pequeños grupos humanos, la única forma de sociedad que él necesitaba.»

..

Si. Como anarquistas y como españoles, tenemos doble homenaje a atribuir a Camus. No ha habido acto organizado por los españoles en el exilio, que Camus no estuviera presente. La C.N.T. ha contado con él varias veces; y en la sala Wagram y en la de la Mutualité, su voz y su sencilla oratoria, nos ha reconfortado más de una vez, dándonos calor de hombres que está a nuestro lado, que comunica su calor a los que se encuentran fuera de sus lares por haber luchado contra toda tiranía, por la libertad de todo aquello que permite al hombre mantenerse de pie, y no como en la España de Franco, en que doblando la cerviz, y de rodillas, viven treinta y seis millones de españoles durante treinta años.

Hispanista cien por cien, Camus nos quería y estaba satisfecho de nuestra amistad. Dejemos al propio Camus hablar, y que sea él, el que nos diga mucho más de lo que pudiéramos decir nosotros.

Fue el 22 de enero de 1958. Invitado por la entidad «Amitiés Méditerranéennes», Albert Camus pronunció una allocución de la que extraigo estos párrafos esenciales:

«Pero habréis de permitirme, estoy seguro de ello, que simbolice esta amistad, por una noche, en la España del exilio.

»Amigos españoles: somos en parte de la misma sangre y tengo con vuestra patria, con su literatura, con su pueblo y con su tradición una deuda que no se extinguirá jamás. Pero tengo con vosotros, cuya desventura y cuya adversidad no han terminado, otra deuda que vosotros no conocéis, ni podéis conocerla. En la vida de un escritor de combate se necesitan fervorosos manantiales para poder luchar contra la depresión de que os he hablado y contra el agotamiento que se experimenta en la lucha. Vosotros habéis sido, sois para mí uno de esos manantiales, y he encontrado siempre en mi camino vuestra amistad activa y generosa.

»La España en exilio me ha demostrado a menudo una gratitud desproporcionada. Los exiliados españoles se han batido durante varios años y han aceptado después con orgullo el dolor interminable del exilio. Yo sólo escribí diciendo que tenían razón. Y por eso, únicamente por eso, desde hace años, y todavía esta noche en las miradas que me dirigen, vuelvo a encontrar la fiel, la leal amistad española, que me ha ayudado a vivir. Y esa amistad, aunque sea inmerecida, es el mayor orgullo de mi vida. Es ella, a decir verdad, la única recompensa que puedo desear. Quisiera yo daros gracias, a vosotros y a muchos otros al propio tiempo, por haber aplacado en mí generosamente un hambre que los hombres no confiesan con facilidad y que no es preciso que yo nombre.

»Solamente quiero deciros que trataré de ser digno de esa amistad. Yo no os dejo, yo permanezco fiel a vosotros. Esa especie de reputación que acaba de ser agregada a mi nombre por la Academia libre de un país libre, me será fácil aceptarla sabiendo que la puedo poner a vuestro servicio. No tengo la costumbre, harto lo sabéis, de anunciar las victorias próximas ni los días de fiestas. Tanto vosotros como yo sabemos que nuestras luchas son interminables. Pero esas luchas constituyen la trama de nuestra misma vida. Lo esencial ¿verdad?, es que

la vivamos conjuntamente, lealmente, calurosamente, con esa misma cordialidad que me anima hoy a mí, al daros gracias una vez más.»

Así se expresa Camus; con sencillez, con amor, con lealtad; sin frases prefabricadas y sin énfasis cíceroniano. Todo en él es amor. Su obra toda, desde «El Hombre Rebelde», hasta la «Caída», es un presentimiento del ideal perdido para el hombre tratando de encontrarlo. Es la suma expresión, el infatigable deseo de no hallar en el hombre sólo maldad, haciendo de su obra una nueva religión del amor humano, sin dioses, sin tiranías, sin opresión; liberar al hombre de todo prejuicio y prepararlo a ejercer esa libertad y ese amor recíproco entre todos los humanos.

Gustaba de la contemplación de lo antiguo. Lo griego y lo romano eran para él ejemplos de perpetuidad, y le atraía la sencillez y buen gusto de lo pequeño en la geografía de los pueblos. Le exacerbaba los productos de la ciencia, puestos al servicio de la destrucción, y vino a ser víctima de esa ciencia que ha puesto — y pone —, en manos de los hombres inespertos, el vértigo de lo elevado, lo profundo y la velocidad.

Sus mejores amigos, los que sufrían tiranía y exilios, y los que por sus sentimientos e ideologías, luchaban constantemente por la libertad de los pueblos y en pro del amor humano.

«Se fue brutalmente, — nos dice Bruckberger —, dejándonos frente a todas las interrogaciones que nunca cesó de plantearse él mismo. En nuestro corazón, conservaremos de él una figura radiante.»

La generación de hoy, esta generación inesperta por su doble fondo de mediocridad intelectual y moral, y los placeres y comodidades de la civilización, no apreciarán en lo que vale los esfuerzos de Camus para atraerla a un sentido común de la vida y de las cosas. Nosotros por el contrario, aun distantes de él en apreciaciones dispares, quizás convergiendo, rendimos este homenaje al hombre que supo mantenerse digno con la pluma, con su conciencia y con su trato.



Voltaire y la filosofía de Spinoza

por CARLOS BRANDT

Voltaire representa una nueva parte del mundo; abarca una nación entera y simboliza un siglo. — George Brandes.

Jesús lloró; Voltaire rió. La lágrima divina de Jesús y la risa humana de Voltaire forman todo lo que de dulce tiene la civilización. — Victor Hugo.

Voltaire es uno de los grandes hombres de quien se puede decir que sus pensamientos son ejércitos y sus palabras victorias, en la causa de la liberación humana. — John Cowper Powis.

NO obstante ser uno de los más descolantes representativos del pensamiento moderno, Voltaire (1694-1778) no le hace justicia a Spinoza, a quien refuta en su «Diccionario Filosófico» y de quien se burla llamándolo «Jefe de los ateos», y diciendo de él que «era un filósofo inofensivo porque escribía en latín y en un estilo deplorable». Mas el travieso crítico no olvida, de paso, darle también un buen vapuleo a los que, sin conocerle, condenan al panteísta, y tiene el valor de elogiar las virtudes personales de éste, extrañándose de que «un hombre de vida tan ejemplar tuviese ideas tan abominables». Acusa de contradictoria la filosofía spinozana, pero no por ello deja él mismo de contradecirse a renglón seguido cuando al citar la moral del panteísta exclama: «¿Son éstas las palabras del virtuoso y sentimental Fenelón o las de Spinoza? ¿Cómo es posible que dos hombres de principios tan opuestos puedan ambos concordar en la idea de amar a Dios por amor a Dios?» Luego no han debido ser tan «abominables» esas ideas del panteísta. Este último es un filósofo sistemático, pero sin mayor talento literario. Su sistema, que abarca el universo entero, se funda en las matemáticas. En cambio Voltaire es el escritor brillante, pero impulsivo: tiene el don, como ningún otro filósofo, de saber exponer sus ideas concisamente y con singular claridad; pero en cambio carece de la preparación requerida para comprender los vastos horizontes del sistema moral de Spinoza, que todo trata de explicarlo, así el bien como el mal...

No hay quien no tenga sus pelos de Quijote; pero nadie con más derecho a considerarse la reencarnación del noble manchego, que François Marie Arouet, quien tuvo tino hasta para optar para seudónimo una palabra que más bien parece un toque de trompeta: **Voltaire**. Nació tan desmedrado que nadie le concedió más de una semana de vida y vivió ochenta años en perpetua lucha, consagrado a la defensa de la libertad, de la verdad y de la justicia. Para combatir contra la tiranía y el fanatismo, cambió gustoso su tranquilidad personal por la prisión, el destierro y una existencia azarosa en que a cada instante arriesgaba su vida. Y ni aun el término de ésta puso fin a tan tremenda lucha: sus innobles enemigos, no pudiendo vengarse de él en vida, le profanaron sus restos, y la palabra del filósofo, muchos años después de apagada físicamente, contribuía poderosamente a derrocar una tiranía ignominiosa, y aún hoy continúa siendo el terror del fanatismo religioso...

«Escribir la historia de Voltaire es escribir la historia intelectual de Europa.» Con esta frase expresa admirablemente Victor Hugo lo mucho que para la civilización actual significa el nombre de ese pensador, que «tenía la delicadeza de una dama, y el corazón de un héroe»; y quien «supo levantar el populacho a la categoría de pueblo». El lema de Voltaire fue **Tolerancia**, que defendió siempre, así en teoría como en la práctica. Veamos la prueba: dos de sus sirvientes le cometen un robo, y este precursor de monseñor Miriel, sabedor de que si los apresaban, nada, ni aun él mismo los podría salvar de la horca, tan pronto descubre donde se hallaban los ladrones escondidos, les envía dinero para que puedan fugarse, librándolos así de la justicia humana. He aquí otro rasgo que pone de relieve su espíritu batallador y su generosidad. El y Rousseau no se avenían bien. Sin embargo, cuando los representantes del fanatismo quisieron amordazar la pluma de Rousseau, se encontraron de frente con la de Voltaire, quien explica tan noble actitud diciendo que aunque no compartía en lo más mínimo las ideas del utopista, en cambio estaba dispuesto hasta defender hasta la muerte el derecho de éste a publicarlas... Como se ve, era Voltaire un caballero en toda la línea. Jamás convino en la cobarde actitud de los que se

encierran en su torre de marfil. Creía con la buena fe del héroe de Cervantes, que todos hemos nacido para reformar el mundo. Sólo que en vez de lanza, blandía la más terrible de las armas: «una pluma liviana como el viento, pero formidable como el rayo», según la elocuente expresión de Víctor Hugo.

Más literato que filósofo; genio más universal que profundo, verdadero propagandista de la justicia, Voltaire conquistó la inmortalidad, antes que todo, con su carácter. Escribió 50 volúmenes maravillosos, pero más aún lo fue su actitud resuelta ante la tiranía y ante la superstición. Con tal de poder combatir contra éstas, conviene en todo: le dedica una obra al Papa, y así logra que se la dejen circular. Cada vez que el gobierno ordena quemar alguno de sus subversivos panfletos, entre los que presenciaban la quema, regularmente estaba el autor, protestando no serlo... Era el único medio de salvar su vida para poder publicar otro panfleto aún más fuerte... Cuando lo creía oportuno, escribía sonetos para las damas de una corte relajada que él despreciaba hondamente, pero quienes, envanecidas, le fueron útiles más de una vez para protegerlo contra las arbitrariedades del trono. No menos hábil es para evadir también las del altar. Si le parece necesario, va a misa, y hubo ocasión en que se subió él mismo al púlpito a decir el sermón... Alguien le pregunta: «¿Qué haría usted si viviese en España?» — «Pues solicitaría la amistad de los jesuitas inquisidores, y aprovecharía esa amistad para pegarle fuego a los conventos», replica el temerario apóstol. El obispo de Annecy prohibió terminantemente que ningún cura, capuchino o monje confesara ni diera la comunión a Voltaire. Este se finge enfermo, muy grave, moribundo, y hace llamar a su lecho a un capuchino, quien obedeciendo la orden citada, se niega a darle la comunión; mas por último, ante los argumentos y las amenazas de Voltaire, cede y tan pronto éste recibe la hostia, le dice a su secretario Wagnière: «Aunque me costó trabajo convencer a este diablo de capuchino, al fin logré tener a Dios entre mis muelas... Ahora salgamos a dar un paseo al parque...»

Sin embargo, años más tarde, cuando realmente vio venir la muerte, parece que Voltaire se dejó confesar en serio. Carlyle, Víctor Hugo y otras autoridades lo niegan; pero hay quien sostenga que sí se confesó. En esto la historia, gracias al fanatismo de unos o de otros, anda un poco en obscuras. Mas sea o no cierto que Voltaire se confesara antes de morir, el hecho carece de importancia: a nadie se le puede pedir cuenta de lo que haga en un trance tan anormal como el de la agonía. Lo que cuenta son las acciones llevadas a cabo en pleno vigor de la vida, y ya sabemos bien cuál fue el verdadero significado de Voltaire para el mundo... Pero para el estudio de su carácter, vale la pena agregar aquí que el principal argumento en

que se apoyan los que sostienen que Voltaire se confesó antes de morir, consiste en recordar que una de las debilidades del enciclopedista era el horror a que sus restos no fueran debidamente sepultados, sino echados en la fosa común, en terreno profano, como se solía hacer con el que no moría en brazos de la iglesia católica. De manera que si realmente se confesó antes de morir, el último acto de Voltaire fue engañar una vez más a la iglesia, que tanto había combatido...

Muchos admiradores de Voltaire quisieran ver en él la austeridad de un Giordano Bruno. Pero Giordano fue Giordano y Voltaire fue Voltaire. Cada uno de esos héroes llenó su misión a su manera. Con la firmeza de Giordano, Voltaire no habría podido vivir los 84 años que necesitaba vivir para poder dotar al mundo de la cantidad de literatura rebelde más cuantiosa que jamás se hubiese visto producir por un solo hombre. Lo extraño es que haya podido morir en su cama, y convencido de que formaba parte de una ola que se iniciaba, decir poco antes de morir: «Las personas jóvenes tendrán la fortuna de presenciar grandes cosas: la revolución es ya inevitable... Yo no lograré ver el fruto de mis esfuerzos, pero esas semillas algún día germinarán...»

¿Habéis visto su famoso busto, obra del escultor Houdon, y que adorna una de las galerías del Louvre? Allí está condensada toda su historia, y su historia vale aún más que sus luminosos libros. Admirad allí aquellos ojos picarescos que reflejan, sin embargo, el corazón de un héroe; estudiad el «bello cinismo» de unas arrugas que parecen querer ocultar una juventud eterna. O fijaos en la puntiaguda actitud de una barba y una nariz que amenazaban llegar a tropezarse algún día; diríase que sirvieron de modelo para la caricatura que en la portada del «Punch» de Londres tan admirablemente simboliza el chiste... Pero antes que todo, meditación sobre aquella «humana sonrisa» que «para los poderosos era una mofa y para los desamparados una caricia». Esa sonrisa socavó los pilares de un trono, hasta hacerlo rodar por tierra, y aún continúa socavando, con creciente éxito, los pilares de la superstición religiosa...

Sin embargo, ese hombre burlón no siempre rio; la risa era solamente su arma de combate. Fue tan noble su carácter que hacía suyo todo el dolor ajeno, toda injusticia. Cuando demuestra la iniquidad cometida con el mártir Calas; cuando se compenetra bien de la barbarie alcanzada por un fanatismo escandaloso que traspasa todos los límites hasta lograr que las autoridades de una ciudad de Francia hicieran descuartizar vivo, y luego quemar ceremoniosamente a un muchacho de 19 años de edad, acusado injustamente de haberle roto el brazo a un crucifijo, la indignación del enciclopedista no tiene ya límites tampoco. Esas monstruosidades del fanatismo religioso, de tal manera llegaron a mortificar su espíritu, que por mu-

cho tiempo estuvo apagada la al parecer inextinguible llama de su risa. «Yo me reprocho a mí mismo — llegó a decir — cada vez que impensadamente la risa viene a mis labios. Ante los sucesos que presenciamos no hay excusa alguna para reír.» Fue entonces que escribió aquella circular que más parecía una arenga: «Aquí, denodado Diderot; aquí, intrépido D'A Lambert...», les decía a los pensadores franceses, invitándolos a una campaña sistemática contra la religión católica, y adoptaba, para dicha campaña, aquel nuevo seudónimo que había de sonar aún más vibrantemente que un toque de trompeta, pues era una bandera de guerra a muerte: **Ecrasez l'infame...**

Yo no puedo menos de entusiasmarlos por esos hombres que, como Voltaire o Schopenhauer, se indignan ante todo lo que les parece injusto, ya viniese de abajo o de lo alto... Pero la indignación no es de filósofos, y así todo un Voltaire tuvo también la oportunidad de ver su lanza rota por las aspas de unos molinos de viento...

El terremoto de Lisboa de 1755, y en el que perecieron 15.000 vidas humanas, fue motivo de que la indignación de Voltaire se pusiese de nuevo en efervescencia, y como esta vez no podía él achacar la culpa del mal a la religión, ni seguramente se atrevería tampoco a acusar a Dios, para desahogar su indignación no encontró medio más adecuado que atacar a los filósofos y poetas que, como Leibnitz, Pope, Shaftesbury, etc., proclamaban la filosofía spinosana de la necesidad, sosteniendo que todo lo que sucede es para nuestro bien. Y con el objeto de hacer ese ataque más virulento, Voltaire escribe su famoso «Cándido», obra concebida en el estilo del «Decamerón», de Boccaccio, pero con un fondo filosófico, mejor dicho, irónico. «Cándido» está reputado por algunos críticos de ser la mejor producción del enciclopedista, lo que demuestra que, según dijimos, éste era más literato que filósofo. Un talentoso crítico, Cowper Powis, llega aún a confesar que de todas las grandes obras que ha leído, es «Cándido» la que él más admira después de «Fausto», de Goethe. Con tal declaración, delata Cowper Powis lo exigua que ha de ser su biblioteca. Un crítico como él, debería haber leído por lo menos dos docenas, de las muchas obras que caben holgadamente entre «Fausto» y «Cándido». En el prólogo de esta última obra, Voltaire dice que su ataque va enderezado contra Leibnitz, Pope y demás partidarios de la filosofía de la necesidad; pero es Rousseau (como lo declara éste en sus «Confesiones»), quien recoge el guante, espetándole a Voltaire una filípica concebida en términos tan enérgicos, que por un momento el mundo literario estuvo en suspenso esperando un duelo intelectual en-

tre estos dos gigantes del pensamiento y de las letras. Pero al fin el más brillante y talentoso de los dos tuvo que ceder el campo a su adversario: era la primera vez en la vida que la agresiva e invencible pluma de Voltaire se veía reducida al silencio... Pero oigamos a Richard Adlington comentar el incidente: «Los críticos de Rousseau se manifiestan extrañados de que Voltaire no hubiese contestado su bien razonada filípica, sino con una evasiva. Pero el caso es que Voltaire no podía contestar sin caer en un lazo, pues o convenía en que todo lo que sucede es para nuestro bien (teoría que ya había repudiado), o declaraba que Dios es la causa del mal (teoría que no aceptaba o que no se atrevía a aceptar). Rousseau supo, pues, escoger el punto débil del deísmo pesimista de Voltaire... Como sucede generalmente en esas discusiones, ambos contendores tenían en cierto modo un poco de razón. Voltaire la tenía, al creer que los hombres sufren, y, por lo tanto, desde su punto de vista el «mal» existe. Pero Rousseau puso a su contendor en un aprieto haciéndole ver que, o negaba la Providencia o convenía en que ésta era buena...»

En otros términos, todo lo que sucede, aun aquello que nos parece un «mal» es la obra de la Providencia, de Dios, y por lo tanto, según el panteísmo, es conveniente, buena, a la postre, aunque en nuestra ignorancia no lo comprendamos así. De manera que Rousseau venció a su terrible adversario abroquelado con la coraza de acero del panteísmo; postizo de Leibnitz — que Voltaire habría podido desbaratar de una sola plumada, como en realidad lo hizo — sino del panteísmo genuino de Spinoza, a quien no obstante ello Rousseau ni siquiera se digna mencionar, por más que fuera debido a Spinoza, que pudo salir victorioso esta vez...

Como vimos, no fue ante la pluma de Rousseau que tuvo que retroceder el irreductible Voltaire, sino ante la lógica de Spinoza. Este dejó sentados, según hemos dicho, principios filosóficos tan fundamentales, que consciente o inconscientemente han venido utilizando en su provecho — según el caso y las circunstancias lo requieran — casi todos los filósofos que le siguieron, inclusive el mismo Voltaire, quien al escribir su famosa «Biblia Comentada» evidentemente que tenía siempre a la mano, como guía indispensable para poder andar por los vericuetos de La Biblia, el «Tratado Teológico Político», que de cierto tampoco le faltaba cuando allá, en su retiro de Cirey, se solazaban de mañanita él y su genial compañera la Marquesa de Chatelet, comentando entre estrepitosas carcajadas las estupendas sandeces e irrepetibles licencias de que está plagado el **Viejo Testamento**, libro que el cáustico crítico francés puso en la picota del ridículo con sus chistes demoledores...

POETAS DE AYER Y DE HOY

DOS POEMAS

Que poca cosa el hombre
y es todo cuanto cuenta

qué montón de huesos o palabras
de nervios o de clavos, de dedos
de alambres o de alas...

qué cosa poca, qué cosa triste,
qué quisicosa el hombre

qué asco el hombre tan hombre
y tan humano y magnífico

y eso es todo

que nada más el hombre,
que nada solo — a brazo partido —
que nada más allá
dentro y fuera...



La palabra
y el pan de cada día
en paz.

la palabra como un pájaro libre volando
y el pan en la mano,

El pan y la palabra,
creedme,
en nuestras manos está, estará
otro día, otra vez...

la palabra libre
y el pan de todos los días y
para siempre en paz.

José M. de Basaldúa

Dos de los «Poemas al Alba»

Vivir
Luchar

No olvidar el instante
y la estrella

No olvidar que la semilla
se extiende por la tierra

Y cumplir la lucha eternizada

Hermano, hace tiempo
la conclusión
no sale del corazón

Hermano, esclavo del siglo veinte:

¿Dónde la sangre,
el fuego,
la rebeldía?

Hermano, quítate esa máscara

Ven
Dame la mano
Caminemos

Germinal de Amor

Sobre el viento que expira en tu cabello,
sobre el mar de la llama que te abraza
qué inminente invasor.

Bajo el labio que nace de tu cuello,
bajo el sol que desnudo te amordaza
qué oscuro cazador.

Sobre el agua nocturna de tu boca,
bajo el filo de sed que ya te toca
qué desierto temblor.

Sobre el cuerpo del cuerpo en que me escondo,
bajo el fondo del ay que hay en tu fondo
qué tiniebla de amor.

MIGUEL ARTECHE